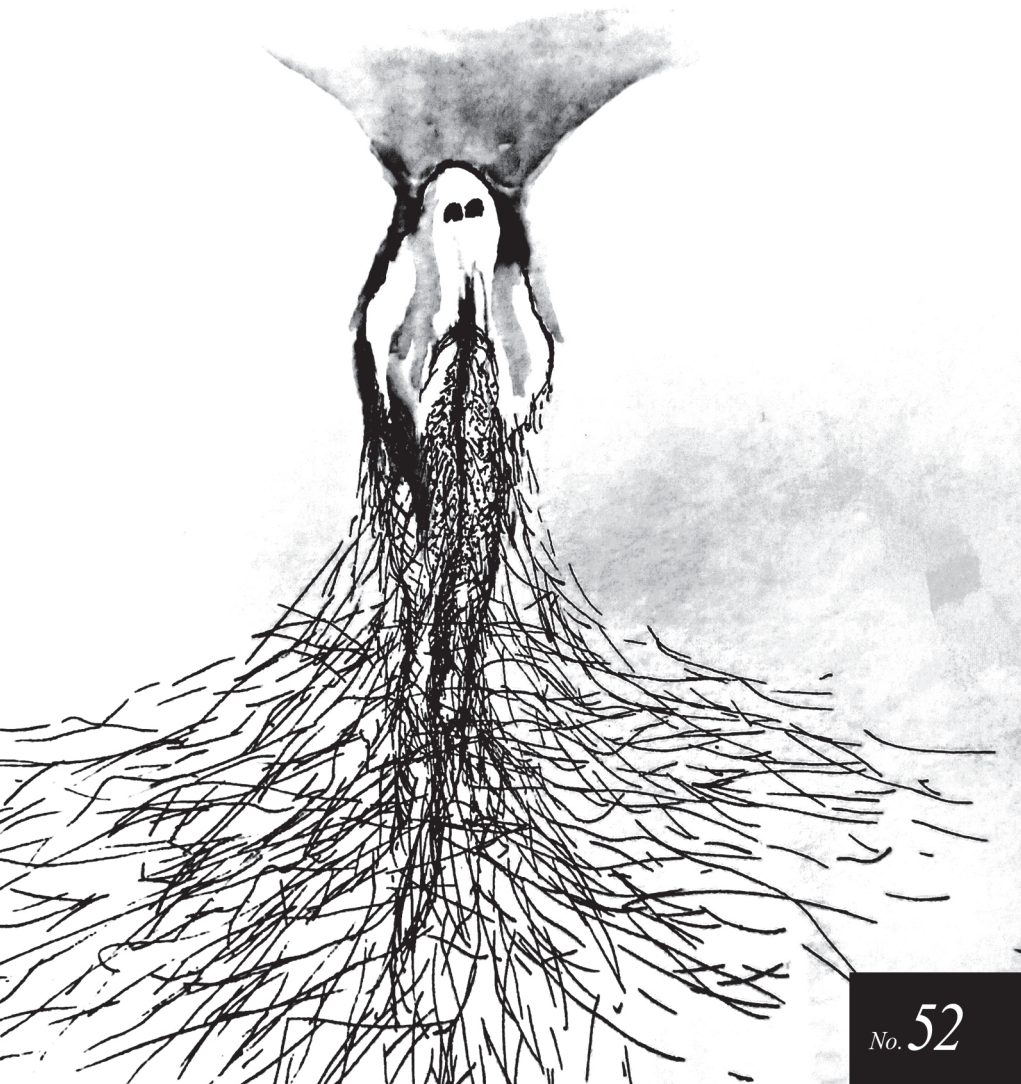
PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

OCTUBRE-NOVIEMBRE
2024

EJEMPLAR GRATUITO



No. 52

BODAI
YOGA

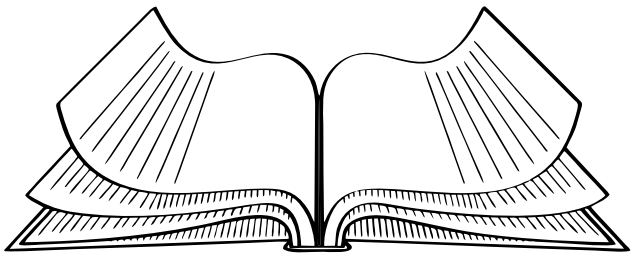


Eleva tu práctica

Amores 949, Del Valle Centro, 03100, CDMX. Segundo piso.

RESERVA
A través de tu plataforma de preferencia
Fitpass, Gympass, TotalPass
WA: **55 5217 0047**

@bodaiyoga



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

No. 52

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

www.porescrito.org

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Demonios
Santiago Hemsani 7

Ille Qui Descendit In Ægyptum Pt.2
Alejandro Ávila..... 8

Muñequita
Jennifer Arreola 10

saxífraga.
Salvador Galván..... 11

Impacto
Noemi Sastre de Diego 12

La botella sin mensaje
Mario E. Gascón 13

FIRMAS

Bruja
Cecilia Durán Mena 15

Cuando el Jade Prende Fuego
Andrea Fischer 21

Todo lo que tengo lo llevo conmigo de Herta Müller
Fernando Montoya 24

IMAGINARIO

1=BLACK_out
Alejandro Avila..... 28

2=BLACK_out
Alejandro Avila..... 28

Casimiro, el perrito del Tule
Santiago Hoyos 29

Sin título
Irina Tall..... 29

Sin título 2
Irina Tall..... 30

Cletismo Urbano
Santiago Hoyos..... 30

Sin límites
Ignacio Navarro..... 3l

Sin título
Viktor Olvera..... 31

VOCES

Justicia a la Jacaranda
Fernando G.P. 32

El sueño del insomne
Marcelo Sánchez..... 35

Dos atardeceres
Itzayana San Germán Ceceña 38

¿Qué haces aquí?
Nancy Verver..... 45

Historia de un Pub
Manuel Jorge Carreón Perea..... 46

El cuento incómodo
Consuelo de Lourdes Castro Salinas..... 52

Despedida al Amigo
Enrique A. Meitín 55

Jalas
Josafat Ortíz 58

Hablando por escrito

Cuando pensamos en la gran literatura, nuestras mentes a menudo viajan lejos. En nuestra mente se encienden nombres como Shakespeare, Dante, Cervantes, Tolstói o Sor Juana. Sus obras han sido colocadas en los pedestales que sostienen las cumbres del genio humano. Nos han enseñado que estos autores son los pilares sobre los que se sostiene la historia de la literatura mundial. Pero, hay ocasiones en las que no hace falta ir tan lejos. Mirar nuestro entorno y leer autores que viven entre nosotros es descubir las primicias de esa gran literatura de nuestros tiempos.

Es claro que los nombres y las obras de estos gigantes literarios son omnipresentes. No en balde nos enseñan que *Hamlet* es el arquetipo del dilema humano, que *La Comedia* es la exploración definitiva de la integridad y la virtud, y que *Guerra y Paz* es el retrato más completo de la sociedad y el conflicto, *Los empeños de una casa* es la magistral puesta en escena de la articulación de las emociones humanas. Estos textos tienen el mérito de haber moldeado profundamente el arte de la narración y más intensamente nuestro entendimiento del ser humano. Así pasa también con Javier Marías, Herta Müeller, Haruki Murakami, Rosario Castellanos, Elena Garro.

En Pretextos Literarios Por Escrito valoramos su importancia estética y creemos que así como ellos en su momento gozaron de la posibilidad de darle alas a sus textos, hay talentos que están esperando esa oportunidad. Entendemos la dificultad de publicar. No basta el talento, se necesita el medio. Esa es nuesta vocación: enlazar lectores y escritores.

Entendemos el papel relevante que asumimos al ser un medio en el que se refleja la memoria de lo que sentimos, lo que nos entusiasma y lo que ocupa nuestros pensamientos. Vivimos en una época en la que el acceso a la información es más fácil que nunca. Sabemos que con un sólo clic, podemos descargar y leer obras literarias de cualquier rincón del mundo. Sin embargo, al pensar en la gran literatura muchos siguen viajando lejos. ¿Por qué? Quizás sea porque explorar lo desconocido nos obliga a enfrentarnos a nuestras propias limitaciones y prejuicios. Nos obliga a reconocer que nuestras experiencias y perspectivas no son absolutas, que hay otras formas de ver el mundo que son igualmente válidas.

Nosotros levantamos las páginas de la revista y nos empeñamos en perpetuar esta narrativa y aceptar que cuando abrimos nuestros horizontes literarios, nos damos cuenta de que hay muchas más formas de entender el mundo.

Y aquí es cuando nos hacemos un cuestionamiento importante: ¿Qué nos estamos perdiendo al dejar tantos textos en la oscuridad por no encontrar un espacio para ser publicados? Nos estamos perdiendo la oportunidad de ampliar nuestras mentes y corazones, de ver la belleza en la diversidad de la experiencia humana. Nos estamos perdiendo las historias que no nada más nos entretienen, sino que también nos enseñan, nos desafían, y nos transforman.

Shakespeare, Dante, Cervantes y Sor Juana seguirán siendo figuras importantes en la historia de la literatura y sus obras continuarán resonando con los lectores. Y, con todo el amor que les profesamos, también podemos reconocer que no son las únicas que importan. Es hora de explorar el mundo literario en su totalidad, de dejar que las voces de todos los rincones nos hablen y nos enriquezcan.

En última instancia, la literatura es un espejo que nos refleja a nosotros mismos y al mundo que nos rodea. Si nos atrevemos a leer, si nos permitimos explorar la riqueza de la literatura nueva, la que está brotando de corazones y mentes descubriremos que el mundo es mucho más vasto, complejo, y hermoso de lo que jamás imaginamos.

Por ello, y con el afán de seguir atrapando lectores para nunca dejarlos ir, con ustedes el número 52.

La editora general.

Demonios

Santiago Hemsani

Estaba deambulando por la vida
con resaca de recuerdos y demás,
esperando a que llegara un pajarito
que me dijera qué hacer.

Llegó entonces un cuervo borracho,
que parecía más buitre que cuervo,
sacando de su pico una pistola.

Me dijo que matara a la resaca
y opté por dispararle a él.
Voló y esquivó el disparo
y me sometió a sus garras.

El buitre comió de su pecho.
De mientras,
el hombre solitario de Dios[1] se quejaba.



Juan Pablo Mena

[1] Wolfe, T. (1989). The Anatomy of Loneliness. En *The Complete Short Stories of Thomas Wolfe* (pp. 492- 498), Nueva York, Estados Unidos, Collier Books.

Ille Qui Descendit In Ægyptum Pt.2

Alejandro Ávila

IV

Ad Astra



La mujer una inmensidad de c
osas en un
parpadear había visto; el saber de otras
tierras más allá de la etérea Rhishbut; el
conocimiento de mundos lejanos más
allá de las estrellas; formas de vida que
ningún humano nunca podría siquiera
imaginar; el saber que allá afuera en la
negrura, y dentro también de este gran planeta,
seres infinitamente crueles acechaban
en cada rincón y la visión de un futuro
descendiente híbrido suyo. Para cuando la
princesa volvió en sí, teniendo sus mejillas
manchadas por el misterioso líquido negro
que de sus ojos antes había salido,
Tzumogh ya se había ido; ascendió al cielo, adoptó
su verdadera e inmensa forma y se marchó.
La mujer, con ayuda de unos cuantos guerreros
que sus armas contra Tzumogh habían alzado,
se puso de pie, y al poco tiempo, pasada la
conmoción, comenzó a hablarles a todos de
lo que en sus visiones vio. Tras la llegada de
Phoro nadie en Rhishbut dudaba de lo que
su princesa decía; en Los Del Vacío ahora
creían. Él guardaba en sí mismo un sentir,

confuso aun para nosotros humanos, por
aquella princesa que lo hacía querer
volver; algún día lo haría, la vería a ella
y al que pronto en su vientre se formaría. Él
eso creía. Retomó su viaje entre las
estrellas y repitió su perpetuo ciclo
de ingesta cósmica, evitando cometer su
pecado nuevamente hasta llegado el día
de su ansiado retorno, yendo de un mundo a otro y a otro...
Lamentablemente algo ocurrió en la visita
forzada de Fiore a Ar'hak Vhar, que incapaz fue de
ver el segundo arribo de Tzumogh; quizás
fue que Ithameev lo encontró, o quizás sólo fue
que despertó, pero eso no cambiaba el hecho
de que por su mente vagaba la idea de
que algo a «Ille Qui Descendit In Ægyptum» le había
ocurrido y que, en realidad, durante todo
este tiempo, él jamás a nuestro hogar volvió.



Ivonne González

V

Fetus

Cruel y terrible el exilio del hijo de Phoro
es; maldecido con la voracidad de un
dios y castigado aún más con la humanidad
de su madre. Inmortal hijo del que planetas
consume o consumía, que en sus entrañas yace
la negra anomalía. Azotado por su
pasado aguarda, pues en las ruinas enterradas
bajo Egipto de la ahora oscura Rhishbut,
esperando que alguien a él por sus pecados lo
perdone en tiempos futuros al suyo propio.

Muñequita

Jennifer Arreola

Muñequita linda
de cabello azabache
y ojos fluviales,
¿todavía te emociona el cielo?
Las estrellas del vacío,
¿todavía te cantan?

Los arrullos de mamá,
esas cálidas manos que te rodean
cuando aquellas voces que aprietan
tu pequeño pecho, vuelven,
¿mamá todavía es tu refugio?

¿El silbido del abuelo todavía es presagio de felicidad?
Cuando su voz etérea te cuenta historias
de mundos que no conoces
y tiempos que no viviste,
¿el abuelo sigue siendo
el aventurero más increíble del mundo?

Los cabellos que se te pegan a la frente,
el perrito de peluche que aleja tus pesadillas,
los monstruos que se esconden debajo de tu cama,
¿la luna todavía te persigue?

Los domingos familiares
llenos de voces femeninas
de aquellas almas que con inmenso anhelo
te llaman "muñequita"
¿La luna todavía nos persigue?



Juan Pablo Mena

saxífraga.

Salvador Galván

una forma
más callada
de autolesión
arrancarte
flor de piel
o de tinta

trastorno
de la voz
y olor a sangre seca

quiero hacerme
cenizas
deshacerme

en medio de la calle
renquear
gritar otra vez

agotarme
en lágrimas
mirándote fijamente

—después
de ti
quiero ser un desastre

flor roja
brotando
del dorso de la mano



Isabelas Encinas

Impacto

Noemi Sastre de Diego

Me dejé cautivar por tu mar de luces.
Sabía de tu inmensidad,
pero no que te puede apabullar
ya desde las alturas.

Era de noche.

Borracha por tanto estímulo,
pretendía atesorar cada instante
para que no se diluyera como un sueño.

Desde el descenso.

Ese momento preciso
en el que todos mis sentidos
se vieron arrebatados;
sometiendo todo juicio y razón.

Aterrizamos.

Y tras ese primer impacto, me hiciste tuya.



Mónica Oltra

La botella sin mensaje

Mario E. Gascón

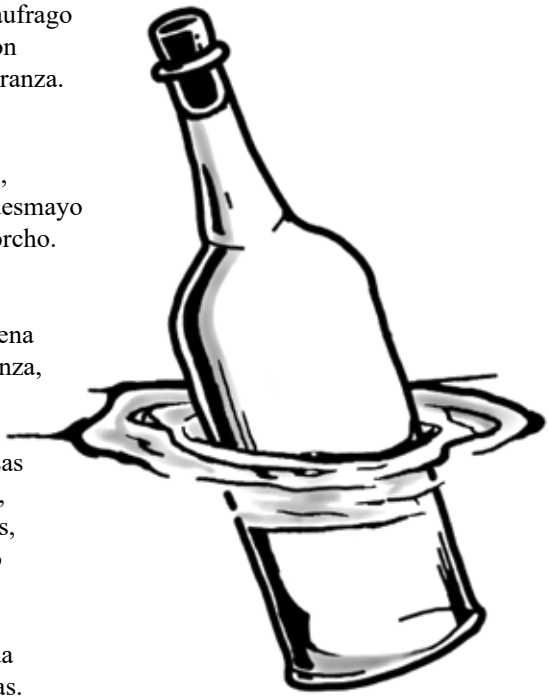
Este poema es en honor
de aquella palabra triste
que no arribó a su destino.

Ese mensaje que el náufrago
grabó con tenue carbón
en hoja hecha de esperanza.

Y esa botella ya vieja
no pudo dar más de sí,
que sostuvo hasta el desmayo
al pobre abrazo del corcho.

Derrotada, la palabra,
solloza en cama de arena
ahogada en desesperanza,
ilegible, sin destino.

Este poema es para esas
cartas sin destinatario,
ideas sin cabeza o pies,
letras escritas en vano
pues nadie quiso leer.
Te pido, atento lector,
estas palabras recuerda
por aquellas resignadas.



Isabela Encinas

Por aquellas que no están;
que nunca estarán, aquellas;
que, en verdad, nunca estuvieron.
Es que hoy alzo mi voz.


CURSO DE
ANTROPOLOGÍA LITERARIA
Para más información escríbenos:
CONTACTO@PORESCRITO.COM
PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Bruja

Cecilia Durán Mena

1. Del tiempo que hace

Pobres de nosotros que no supimos interpretar el lenguaje de los signos de los tiempos. Pobres de todos nosotros que lo único que queríamos era robarle un sorbo de agua al fondo de este embalse que nos traga como si fuéramos cotorras de lengua negra. Como esas cotorras, animalitos desgraciados que nunca lograron ser loros ni pronunciar palabra. La tierra despierta, suena y empieza el desperezar de las cotorras. Antes, me gustaba el color del cielo, ya no. No me gusta el amarillo de medio día, tal vez el de más temprano sí; ese que se ve como si fuera abriéndose de la oscuridad azul negra al rosa brillante y azul claro; ese que se roba un pedacito de penumbra. No. Este no. No el que te atraviesa el rayo del sol por todo el cuerpo, que te seca la piel y te pica la garganta. Eso es lo único que trae la rompiente del amanecer: más calor. Las piedras del camino son como bachas ardientes que exudan humo y sequedad.

Nos lo advirtieron, ni caso hicimos. No sé si desconfiaban de nuestra pericia o estaban ciertos de nuestra estupidez. Ya casi olvido lo que decían esas admoniciones. Mamá y las mujeres decidieron quedarse en casa a ver las fotografías terrosas y a esperar que la sed les trajera la muerte, recostadas en su cama. La critiqué tanto por quedarse. Pobres de los que nos animamos a ir a buscar agua y nos encontramos con tanta aridez. Levanto la cabeza y veo el sol sin nubes, veo adelante y no hay más que la tierra agrietada, los troncos pelones, las hierbas marchitas. Agacho la mirada y veo las uñas de los dedos gordos de los pies terrosas, partidas, prietas, percudidas, los talones rotos y las riatas de los huaraches que ya no pueden más. Arden. No, no pueden más y todos los sueños se me deshacen. Es el fuego del día, el dorado del sol que quema las pupilas y pega la lengua al paladar. Por eso, porque nos faltaba, nos fuimos a buscar agua y nos topamos con esta ausencia triste y todo lo que pica. Se evaporó, y en vez de lago, sólo quedó desertización. Tierra. Comezón. No hay rastro de humedad.

Quema el polvo en los ojos, el sol en la piel, la tierra en la garganta, el recuerdo y la ilusión. Pica y escuece todo. Pobres de nosotros que nos salimos con el lomo crudo a recibir los azotes del sol

y a que las babas blanquecinas se nos maceraran entre las comisuras de los labios. Ya andaba arrastrando los pasos, los hombros abajo, la espalda jorobada, avanzando, abriendo camino entre la lumbre que empuja lo que queda de este cuerpo seco. Parece que camino sobre un comal al rojo vivo, entre brasas que nos avientan chorros de calor. Caminábamos esperando que algo nos sacara de la desolación. Camino, roída por el hambre de las tripas.

Pobre de mí que me quedé sola en este andar porque todos los demás se fueron cayendo ahí, secos, con la piel áspera y los ojos tiesos. La trenza se destejió y las hebras de pelo ahora son ramas quebradizas, ya ni intento aplacarme el pelo. Y para que no se me doblen las rodillas, hago que en la cabeza se me aparezcan los cuentos de mi madre. Esos que siempre relataba con voz solemne y grave mientras movía las manos tan lento que parecía que las palabras le brotaban con dificultad. Cuando le escuchaba esos cuentos, no me hacían tanta gracia. No me hacían ninguna gracia, pero son las únicas palabras que recuerdo.



Ivonne González

2. De las razones para irnos

Pobres de nosotros que nos fuimos. Nos fuimos porque en lo único que podíamos pensar era en el ancho del lago en el que nos íbamos a bañar. Las voces de los viejos, de los más viejos de entre los ancianos, contaban que en este lugar tan seco navegaban esas lanchas gruesas de las que transportan caballos, vacas y toros. Dicen que

los pescadores se lanzaban en sus canoas a tirar las redes y a sacar pescados de carne blanca. Dicen que el agua era tan dulce que hasta las cabras bajaban del monte a abrevar y que las mujeres se limpiaban los cuerpos y las ropas de lo puro del estanque del lago. Ahí se les enjuagaba todo, hasta las maldades. Eso dijeron y se ve que fue cierto. Aunque, a lo mejor son mis ganas de verlo porque ya ni rastros quedan. Esa verdad se evaporó.

Pobres de los que nos fuimos porque no podíamos dejar de pensar en la anchura del lago que empezaba un poco al sur y jamás terminaba. Qué asco la tierra que se me mete entre los dedos. Nos causaba tanta admiración imaginar esa laguna eterna. No nos hizo falta pensar en tanta hambre ni en toda la sed ni en toda la muerte ni en la aridez ni en los cuerpos que se irían quedando. Porque dicen que la ilusión basta. Nos ilusionaron los arroyos y las cascadas, la esperanza de meternos al agua para abrir los brazos y sentir que era nuestra. Nos ganó la entelequia. Fueron las ganas. Nos alcanzó el derrumbe, si se permite decirle así a lo que nos pasó.

Tantos pasos nos sacaron hasta la última gota de sudor y cada vez que me acuerdo, me da una rabia y se me caldea más el pellejo. Me enoja tanto que quisiera ir a buscarlos para romperles el alma, si es que tienen, si es que no se han secado. Traigo la espalda tan doblada que casi toco el suelo con la nariz. Parezco una espina roída por el sol, un cuero tan reseco que se me ven los dientes como de muerto. Se me entrecorta el aire al recordar las razones que tuvimos para irnos.

3. Del arenal de huesos

Pobres de nosotros que nos fuimos tan juntitos para darnos fuerza y cuidarnos. Pobre de mí que me quedé tan sola. Ya los demás son esquirlas. La memoria me hace entrar en desconfianza. Ya no puedo asegurar ni quiénes ni cuántos éramos. Nos hicimos fragmentos. Maldita ilusión que cree que con sólo nombrar las cosas y correr tras ellas las vas a conseguir. Maldita realidad que te lleva a ver una verdad gangrenada que humilla y te pega la lengua al hueso.

Hay veces en que me pregunto qué pasaría si me cayera en el hueco que hay entre este terreno resecado. ¿Podrán distinguir una muela de otra, un cráneo de otro, una costilla, una clavícula o un isquion? Claro que también venían los chimuelos o los que perdieron dientes en el camino. Hay veces que me pregunto qué quedaría entre un hueco y otro. También pienso que otros creerán

que nos trajeron a este descampado a rompernos los huesos. Pero no. Nadie vendrá ni descubrirá nada entre este arenal de huesos.

4. De la noche de los sueños

Pobres de nosotros que creímos que volveríamos a casa con la buena ventura. Cada cual encendimos nuestra astilla y nos quemó el cuerpo. Pobres de nosotros que creímos y lo que conseguimos fue que la tierra nos tragara crudos. Muchos se fueron cayendo de flacos, desagotados, sarmentosos y con sed. El verano me deja caer sus gracias con todo el peso de su voluntad.

La noche anterior soñé con algo parecido a un río, a uno que sería nuestro. Como la boca me sabía a tierra, me aventuré a la deriva en busca de esas aguas, de ese mundo luminoso y fresco, de un mar dulce que me acunaría entre sus olas, y en donde encontraría nuevas plantas, animales y gente. Pero ¿a qué depender de mi recuerdo? Los sueños son comienzos de un viaje que nos trajo a dar pasos en falso.

5. Hay que escapar de esta tierra apestada

Pobres de nosotros que aquí estamos. Aquí estamos. Ya ninguno puede levantar la cabeza y mirar más allá del valle. El silencio está juntando todos esos huesos, todos esos cuerpos encallados. Toda la ilusión se queda en este pedazo de tierra, y no hay más nada que este pedazo de polvo.

Me doy cuenta que, si miro largo, no hay en donde descansar la mirada. Aguzo la oreja para distinguir alguna señal que me diga a qué dirección tirar. En este resquemor, no logro interpretar ningún significado. Hay que caminar en silencio y sin hacer aspavientos. Ni recitar oraciones ni decir despedidas. Sólo una santiguada que ayude a escapar de esta tierra apestada.

Me voy. Me voy porque me arde en las manos y en los pies. Me voy porque el polvo se me enrosca en los brazos, en la memoria y en las palabras. Me voy, no porque los abandone, sino porque ustedes ni pueden, pero yo todavía puedo huir. Así que sigo arrastrando los pies sin saber qué me da fuerza para tirar adelante. Es tan grande el miedo, pero parece que es más poderosa la costumbre de seguir moviendo los pies.

6. Derrota

Pobres de nosotros que nos tuvimos que separar. Cien brazos se carcomen bajo el sol, a la intemperie del terreno. Pobres de todos los

que abandonamos nuestras propias casas y decidimos irnos a probar suerte. Pobres de estas cincuenta almas flacas que ya no necesitan tranquilizarse el hambre ni calmar su sed.

Pobres de ustedes que serán el testimonio de nuestra partida, el monumento que señale el fin de la ilusión, para que se sepa hasta dónde alcanzó la esperanza. Apuesto a que, ahora que lo pienso, eso fue lo que dijo el cuento que contaba la madre cuando le salían las palabras con tanta dificultad. Así fue como dejó de decir.


Ivonne González

Qué animal más ponzoñoso es el recuerdo. Me sostenía el silencio que no tiene nombre y del que es mejor no hablar. Angosto la lengua y aunque quisiera girar el cuerpo y tirar de vuelta no hay forma de desandar. La mugre de las ropas y los suspiros asustaron a cualquier ser de aquí o de más allá que pudieran sentir compasión. Más allá ¿qué? Tal vez, sólo me quede plantar huella en este terreno arenoso. Tal vez tenga que soltar la ilusión y dejar de buscar un punto distante en el que pueda hallarme una guarida. El agua fue puro espaviento.

7. Bruja

Pobre de esa mujer que encontraron a unos diez pasos del palo santo. Estaba tirada de panza con los brazos estirados en forma de cruz y la cara ladeada sobre la tierra. Los niños la tocaron con sus deditos como si fuera la corteza de un tronco. Se había mordido todas las lágrimas y el resuello ya ni se le notaba. Creyeron que era una viruta de madera sagrada, qué se iban a imaginar que era todo lo contrario.

Pobre de ella que siempre dijo que el tiempo es un libro que sólo se lee para adelante y jamás se puede volver atrás. Nunca contestó de dónde venía. El pueblo estaba tan silencioso cuando la trajeron a rastras que se podía oír el eco de sus propios pasos. El médico gritó: ¡Está viva, está viva! Cuando su espíritu aspiró el alma santa del agua en los labios, profirió un grito tan largo y agudo que todos los que estaban en el consultorio saltaron tan alto que se pegaron con las vigas del techo.

Pobre de esa mujer a la que el polvo y la suciedad se le destilaban por los ojos y las narices. Vomitó y eructó. Lloró y se rio. Y, muchas mujeres y hombres justos testificaron que se trataba de una bruja. Una bruja que los chiquillos rescataron y otros condenaron antes de que ella pudiera contar su historia.



Ivonne González

Cuando el Jade Prende Fuego

Andrea Fischer

La Santa Inquisición cruzó el mar con intención de castigar. En 1539, con toda la fuerza de la Corona Española, trajeron huestes de sacerdotes e inquisidores para 'limpiar' el Nuevo Mundo de los pecados de sus antiguos pobladores. Qué festín se dieron cuando, poco tiempo después de instituirse oficialmente en Nueva España, encontraron al mismísimo nieto de Nezahualcóyotl, uno de los tlatoanis más afamados del Imperio Mexica. En ese momento, decidieron que él sería la primera víctima de la Inquisición en México. Ésta es su historia.



Mónica Oltra

1. No para siempre en la Tierra

Por derecho de nacimiento, Carlos Ometochtzin se preparó toda su vida para ser el líder de los acolhuas, o 'los esforzados', que se habían asentado en Tezcoco. Como hijo de Nezahualpilli, sangre directa de los tlatoanis mexicas, tenía el derecho por nacimiento de ocupar un lugar en la administración de uno de los bastiones de Tenochtitlan.

Sin embargo, aquellos eran tiempos confusos. En agosto de 1521, la magnánima capital imperial de los mexicas había caído en manos de los invasores europeos. Quienes no habían sido apresados o ejecutados, habían decidido seguir la nueva fe cristiana. Y no sólo eso. Estaban aliándose con los conquistadores para entregar a los líderes aún en el poder. Adorar a los dioses prehispánicos, seguir las costumbres locales: cualquier excusa era buena para caer en las manos de los españoles.

En ese momento, uno de sus hermanos ya era gobernante. Antes de rendirse y terminar con sus intentos de tomar la administración de Tezcoco, se acercó a Pedro Tetlahuehuetzquititzin, el tlatoani gobernante, para convencerlo de heredarle el puesto. Al morir él, Carlos Ometochtzin intentó tomar como concubina a su viuda. Aunque

podría verse, desde el mundo occidental, como un movimiento político oportunista, esta era una costumbre ampliamente extendida entre los pueblos nahuas. Esta unión, sin embargo, no fue bienvenida por la nueva fe cristiana —ni por sus familiares.

2. Aunque sea de jade se quiebra

María nunca quiso casarse con su cuñado. Por el contrario, según los registros que quedaron en los códices novohispanos, parece que la mujer se resistió a esta unión. Aún así, Carlos Ometochtzin entró a su palacio para forzarla a culminar ese matrimonio no deseado. Cuando el resto de la familia real se enteró de esta profanación, se volvieron en su contra —y el nieto de Nezahualcóyotl se quedó solo.

Muy pronto, esta nueva alianza llegó a oídos de los inquisidores europeos. Durante años, ya habían hecho esfuerzos considerables por destruir templos y erradicar las tradiciones prehispánicas, que algunos pueblos insistían en conservar como parte de su tradición religiosa, política y acomodo social. Como nieto de uno de los tlatoanis más poderosos del Imperio Mexica, Ometochtzin parecía el candidato ideal para imponer un castigo ejemplar público.

Ni siquiera el peso de una dinastía centenaria logró que Carlos Ometochtzin ocupase el cargo que le correspondía por derecho de nacimiento. Las tradiciones tezcocanas poco valieron ante la fuerza iracunda de la Inquisición española: una vez que los inquisidores se enteraron de estas movilizaciones políticas, mandaron buscar al nieto de Nezahualcóyotl para enjuiciarlo. Y su familia lo abandonó.

3. Sólo un poco aquí

Connivencia. Concubinato. Herejía. Idolatría. Todos esos fueron los cargos con los que la Santa Inquisición juzgó a su primera víctima en el actual México. Parece ser que fue uno de sus sobrinos, Francisco Maldonado, quien acusó a Ometochtzin de todos sus crímenes de fe. Molestos con él por haber intentado tomar el poder a la fuerza, sus familiares apoyaron las acusaciones hasta las últimas consecuencias.

El único registro que se tiene de su testimonio ante el Tribunal de la Santa Inquisición fue el siguiente, según quedó documentado en el compendio *Discursos sobre la «invención» de América*, de Iris Zavala (1992):

Hermanos, dad acá, ¿quiénes son estos que nos mandan y están sobre nosotros y nos vedan y deshacen? Pues aquí estoy yo, que soy señor de Tetzcuco, y allí está Yoanizi, señor de México, y allí está

mi sobrino Tetzapilli, que es señor de Tacuba; y no hemos de consentir que ninguno se ponga entre nosotros ni se nos iguale. Después de que fuéramos muertos bien podrá ser, pero ahora aquí estamos y esta tierra es nuestra y nuestros abuelos y antepasados nos la dejaron.

No pudo defenderse. Después del juicio, se le encontró culpable y condenó a la hoguera. El acontecimiento no pasó desapercibido: por el contrario, el virrey, obispo y altos mandatarios venidos de España presenciaron su ejecución. Y así, aunque Carlos Ometochtzin aspiró y contendió por el cargo por años, nunca logró ocuparlo. La Inquisición tomó su vida primero.



Mónica Oltra

Los subtítulos de este texto fueron tomados de Yo, Nezahualcóyotl, lo pregunto, una de las obras más famosas del poeta tlatoani.

Todo lo que tengo lo llevo conmigo de Herta Müller

Fernando Montoya

En enero de 1945, la mayoría de los alemanes de entre 17 y 45 años que vivían en Rumanía fueron deportados a campos de trabajo rusos, obligados a trabajar en la reconstrucción de la Unión Soviética tras la guerra como revancha por los excesos del régimen nazi. Basándose en conversaciones con el poeta Oskar Pastior y otros supervivientes de aquellos acontecimientos, Herta Müller (Premio Nobel, 2009) ha construido un libro soberbio, inteligente, sutilmente emotivo y absolutamente hermoso.

Todo lo que tengo lo llevo conmigo (Siruela, 2009) es una muy personal visión de un infierno compartido por muchos, pero convertido para siempre en el universo vital de un individuo. La narración pone de manifiesto la ignominia de la vida en el campo, pero sobre todo evidencia cómo esa realidad afecta a un sujeto concreto: a su pasado, a su futuro, a su cuerpo y a su mente.

El tema procede, además, de la biografía de la propia Müller, quien consiguió escapar de su país natal a Alemania en 1987, cuando sus libros de poemas y novelas llamaron la atención de la *Securitate*, la temible policía secreta rumana, que acto seguido prohibió su publicación. La escritora relata un episodio histórico olvidado, la vida de miles de rumanos recluidos en los campos de concentración rusos durante la Segunda Guerra Mundial; la brutalidad padecida por los internados; el hambre, el frío, los maltratos, el convivir los prisioneros con los muertos hacinados y congelados. El protagonista sobrevivirá poniendo distancia verbal, imaginativa, ante tamaña miseria humana y moral; el horror sólo se puede aguantar si uno se distancia, renombrando la realidad mediante la lengua.

Stalin consiguió en 1944 derrocar al autoritario mariscal Ion Antonescu de Rumanía, fiel aliado de Hitler. A continuación, los soviéticos obligaron a los rumanos de ascendiente alemán, los hombres y mujeres de entre dieciséis y cuarenta y cinco años de edad, a ir a campos de concentración en Ucrania. Así participaban en la "reconstrucción" de Rusia, reparando los daños ocasionados por las

tropas del Führer; la madre de la autora formó parte de la expedición junto con el poeta Oscar Pastior (1927-2006). Traumatizados por el horror vivido regresaron cinco años después a Rumanía. Su progenitora jamás habló de la experiencia, otros testigos tampoco mucho, pero sí Pastior. Herta Müller trabó una estrecha amistad con él, llegaron incluso a visitar juntos el campo de concentración en Ucrania, y mientras, ella escuchaba las historias con tanta fascinación como terror. La idea era que juntos redactarían un libro sobre aquel gulag olvidado, pero inesperadamente murió Pastior, y Müller emprendió sola la redacción de la novela, valiéndose de las conversaciones y de las detalladas notas de la vida en el campo de concentración tomadas por su amigo.

La novela está dividida en fragmentos muy breves, representando así los recuerdos de Leopold Auberg, protagonista y narrador en primera persona de los mismos. Estos fragmentos dibujan con nitidez la penuria de la vida en el campo, donde los deportados sufrían hambre, frío, enfermedad y maltratos mientras eran obligados a trabajar durísimas jornadas en peligrosas labores. Pero sobre todo reflejan, en oposición o como contraste a esa miseria colectiva, la manera particular en que un ser humano se enfrenta al horror y la propia degradación cuando estos se vuelven cotidianos.

La idea de esa individualidad precisa la remarca Müller con una prosa llena de símbolos que aluden a una personalidad nada vulgar, irreductible aun cuando se la encierre en un campo de concentración y se la designe con un número. Cada frase de la novela bien podría ser un verso, y la poesía es capaz de alterar la faz de la realidad. Ese es el mérito de *Todo lo que tengo lo llevo conmigo*: a pesar de las atrocidades que nos plantea, es un texto de una hermosura inconmensurable e inquietante, de modo que el horror pasa ante nuestras retinas mientras estamos embelesados por la forma en que Leopold nos lo narra.

De ahí el definir este como un libro inteligente: a pesar de su temática, no es un libro duro o descarnado, sino una novela que rezuma poesía. En ella se envuelve el amargor de cinco años de hambre y trabajos forzados en imágenes sorprendentes que no restan un ápice de crudeza, pero derriten la frialdad de lo que de otra manera podría convertirse en un mero listado de monstruosidades.

Müller consigue que la voz de Leopold Auberg preste un timbre único a la narración: la hace atractiva en cuanto la vuelve

singular, al describir un modo concreto de enfrentarse (y evadirse) de la realidad del campo; un modo concreto de comprender cómo esa realidad marcó de por vida una existencia; un modo concreto de nombrar cada objeto, sujeto, sentimiento y pensamiento que el campo albergó o generó.

Y por esa prosa cautivadora y la manera de tratar una (otra) de esas horribles páginas que el ser humano se empeña en escribir, *Todo lo que tengo lo llevo conmigo* merece especial atención.



Juan Pablo Mena



1=BLACK_out, Alejandro Avila



2=BLACK_out, Alejandro Avila



Casimiro, el perrito del Tule, Santiago Hoyos



Sin título, Irina Tall



Sin título 2, Irina Tall



Cletismo Urbano, Santiago Hoyos



Sin límites, Ignacio Navarro



Sin título, Viktor Olvera

Justicia a la Jacaranda

Fernando G.P.

Tarugo tiene la mala costumbre de esconderse en el baño cuando se siente agobiado. Antes no era un problema, pero ahora que es alcalde, la oposición lo acusa de cobarde y pedorro. “Me cagaría en ellos si no fuera por la pinche prensa. Es que no me entienden, Mensorio. No saben lo difícil que es gobernar a un montón de mexicanos. Tendría menos jaquecas si me hubiera elegido una banda de gorilas y fuese yo el rey de la selva”.

Su secretario, que es además su mejor amigo en todo el mundo, siempre le tiene listo un pastillero que le pasa por la puerta entreabierta al ejecutivo. “Gracias, Mensorio. Te quiero mucho, güey”.

Los cachetes de Mensorio se ponen rojitos cuando su mamá le dice que ya casi se le quita lo feo y cuando su jefe le hace algún cumplido. No quiere arruinar el momento, pero tiene que decirle que la periodiquera le pisó los huevos al loco y que ahora se quieren batir en un duelo a muerte para saber “de qué lado masca la iguana”. El licenciado J.P Tarugo sale del baño con la cara larga y se pone su sombrero mientras camina hacia la explanada con Mensorio siguiéndole el paso.

Cuarenta y cinco grados no espantaron a los curiosos que se organizaron en veinte columnas de tres filas cada una, formados por estaturas del más chico al más grande, para que todos alcancen a ver cómo la periodiquera se da de *periodicazos* con un loquito que inhala *Resistol* y fuma piedras que saca de los escombros de lo que quedó del Palacio de Justicia después del último juicio que se celebró.

“A esta pelea le hace falta un réferi”, dice el licenciado J.P Tarugo, representante del Estado en la Tierra. Mensorio hace gestos para que los niños ahí presentes se callen y dejen escuchar a los adultos.

“¿Cuál es la historia, madame?” La periodiquera explica su versión de los hechos en el mismo tonito que grita las noticias. “Pasa que aquí, el loquito este, bueno para nada y drogón, estaba tirado en el suelo echando la hueva, como siempre, apañándose la sombra de la jacaranda, a sus anchas el caballero, y pues yo, que ando trabajando desde que salió el sol, ya me había dado la calor, y le pedí con esta misma voz y educación con que me expreso, que se quitara por favor y que me dejara refrescarme un rato nada más, pero como tiene gusanos en las orejas y el cerebro derretido de tantas cosas que se mete por la cara, no me escuchó, verdad, y nada más me gruñó el muy gato. Entonces

pues yo, en todo mi derecho, me arrimé a la sombrita y pues más o menos sin querer le pisé las bolas al viejo". Mensorio anota todo en una libretita, escribiendo en tinta roja signos de interrogación opuestos en donde no está muy seguro de cómo transcribir algunas de las cosas que dice la periodiquera. El licenciado ahora cede la palabra al señor loco. "A mí me gusta colorear con acuarelas y me gustan los huevos rancheros con harta salsa verde". Extrañado por aquella respuesta, pero no sorprendido, el alcalde le contesta. "A mí también me gustan esas dos cosas, caballero". "Pinta usted muy bonito, licenciado", añade Mensorio, que en realidad disfruta mucho el arte y tiene cierta debilidad por los trazos del licenciado Tarugo. "Me gusta mucho la salsa roja, sólo cuando pica. Y me encanta ponerme colorado. Me gusta todo lo que me marea". "¿Por eso estaba tirado al sol, caballero?" "¿Quién es usted, viejo malévolo?" Al licenciado no le gusta que desafíen su autoridad, así que desenfunda "la ley", que así se llama su pistola, y suelta un tiro al aire. Un flaco muy alto de la última fila no fue lo suficientemente esbelto como para librar el diámetro de la bala cuando cayó perdida, y es el primer muerto de la tarde, pero como estaba caliente el chisme, nadie lo notó. "Caballero, yo soy quien va a decidir quién de ustedes dos tiene derecho a quejarse y quién a callarse, ¿estamos de acuerdo?" "¡Esa zorra me pisó!" "¡Porque no te quitaste cuando te lo dije, animal! Otra bala al aire. El alcalde se acerca a su secretario y le pregunta, en voz baja, su opinión. "Como usted vea, licenciado". "Ajá". Piensa: ella estaba trabajando y necesitaba un poco de sombra. Él no se quitó, pero el pobre hombre está perdido en la vida, ¿a dónde se iba a mover? Y lo pisan, como si fuera culebra y no persona. El alcalde siente la necesidad de regresar a la sombra de su palacio y encerrarse en el baño para encontrar el hilo negro de la condición humana. Pero el pueblo quiere justicia, y él tiene que hacer algo de inmediato, antes de que los enfrentados se maten.

Tarugo se limpia el sudor de la frente y se rasca la cabeza sin quitarse el sombrero. "Aquí todos somos un mismo pueblo, ¿o no? El culpable no es aquel abatido por sus circunstancias, ni la culpable es aquella que trabaja sin descanso bajo el rayo del sol. La culpa es de la oscuridad, de las tinieblas. La culpa es la sombra de esa jacaranda que no hace sino traer problemas". El alcalde descarga todo el peso de "la ley" sobre el tronco del único árbol en toda la explanada y la gente aplaude, aliviada. Mensorio aparece con un hacha y ajusticia a la jacaranda sin el debido proceso, pero sabiéndose instrumento del bien común. "Y ustedes dos", les dice Tarugo señalándolos con un dedo a

cada uno, “más les vale dejarse de tanta queja. Ya se me acabaron las balas, pero mi amigo tiene un hacha”. Y se va por fin al baño.

Ahora nadie da las noticias. Ya nadie pinta con acuarelas tampoco. Excepto el licenciado Tarugo, que, en palabras de Mensorio “ha reinventado el color de las jacarandas”.



Juan Carlos Mena

El sueño del insomne

Marcelo Sánchez

En la cama de al lado había alguien roncando. Era de madrugada y yo estaba en un hostal londinense. Según rezaba, ufano, un cartel en Recepción, el hostal estaba completo. A cada lado de la habitación había tres literas de dos camas cada una, a lo que había que agregar la cama donde yacía el sujeto que roncaba: una cama simple, puesta en sentido contrario a las otras, cerca de la puerta.

Para evitar pasar la noche en vela, me puse a evaluar mis opciones. Todas pasaban por trastornar el sueño del vecino. Lo intenté varias veces, estirando mi brazo derecho y moviendo su cama para uno y otro lado. Intentos que fueron mayormente infructuosos. Aun cuando un par de veces logré que él cambiara de posición y dejara de roncar, mi éxito no se sostuvo en el tiempo. Probé entonces algo distinto, que fue tocar ligeramente su pie más próximo, el cual estaba —con sólo estirar un poco— al alcance de mi mano. En este caso mi éxito fue nulo, ya que era mi vecino insensible al toqueteo, y no me atreví a probar con más fuerza.

Hubo un momento en que mi situación empeoró, ya que el residente que ocupaba la cama del otro lado de la mía (es decir, del lado donde yo tenía mis pies y, mediando escasa separación, también él había decidido tener los suyos) se había puesto a roncar, alternándose con el primer roncador y sin irle a la zaga en volumen. Entre los dos se complementaban tan bien que pensé, sin mucho fundamento, que se conocían entre sí (de la vigilia) y que viajaban juntos. En mi imaginación —en mi delirio— pensé que, mientras dormían, los dos roncadores se comunicaban por la lámina de un único serrucho, la cual, no por ser invisible a mis ojos, dejaba de cebarse sobre el tronco de un árbol —también invisible— que respondía con quejidos sordos cuando la lámina, en una y otra dirección, hería su corteza. Como los ronquidos provenían de lugares circundantes, pensé que el tronco sería de gran tamaño y que la cambiante inclinación del serrucho explicaría que el ruido pareciera provenir alternadamente de cada lado del tronco. Desde ya, podrá objetársele que no existen los quejidos vegetales, y que aun si existieran, no tendrían por qué ser asimilables a los ronquidos humanos.

En cualquier caso, esa especie de alucinación nocturna me distrajo por un rato de las molestias que los ronquidos en definitiva me ocasionaban. Como he dicho, el problema se había duplicado, pero antes que siquiera llegara yo a abordarlo, se simplificó de la manera más sorpresiva. Lo que debe de haber ocurrido fue un efecto retardado resultante de que yo hubiera estado antes (según he descrito) sacudiendo la cama cercana a la cabecera de la mía; los vaivenes de mi cuerpo habrían terminado por despertar a la persona que dormía en la cama de arriba. (Deduje que se trataba de una muchacha negra que había llegado a la habitación antes de la medianoche, momento en el cual me pareció que había dejado sus cosas sobre esa misma cama, a fin de reservarla para ella. Si mi recuerdo no me engaña, esa muchacha había salido entonces de la habitación y al poco tiempo me quedé dormido). Pues bien, esta muchacha, suponiendo que fuera ella quien ocupaba la cama en cuestión, a poco de que yo involuntariamente pudiera haberla despertado, con un giro de su cuerpo provocó la estridencia de un resorte, teniendo como consecuencia apaciguar (de momento) al segundo roncador.

Quedaba todavía por resolverse el problema inicial, al cual así yo retornaba. Vino a mi mente entonces una nueva idea para frustrar al terco roncador: tomando la punta de su manta, tiraría yo de ella en dirección a mí. Justo cuando estaba por aplicarme a esta nueva táctica, para lo cual me había incorporado a medias, apoyándome con el codo sobre mi cama y mirando al roncador de soslayo, noté el escorzo de alguien que se metía por la ventana ubicada sobre la cabecera de la cama vecina, la del roncador. Abandonando mi decisión previa, me apresté a alertar a todos en la habitación sobre el arribo del intruso. De haber tenido tiempo de ponerme a pensar, habría notado que la nueva situación detendría los ronquidos, sin que al mismo tiempo tuviera yo que arriesgarme a ser pescado tirando de la manta del vecino.

La verdad es que, antes de poder apreciar las consecuencias que traería la novedad del intruso (y mi incipiente reacción), me encontré en un nuevo estado: aturdido, falto de ánimo y acostado en una posición totalmente horizontal. Me incorporé un poco en la cama, para ver a qué parte de la habitación se había desplazado el intruso. No lo encontré por ninguna parte. El hombre seguía roncando en la cama vecina, pero sobre la cabecera de esta no había ninguna

ventana. La única ventana estaba en la otra punta, a media altura, en el preciso sector de la pared donde acababa el pasillo bordeado por las dos filas de literas.

Después de un momento de incredulidad, caí en la cuenta de lo que me había sucedido. Y me puse a pensar si acaso mi sueño, del que acababa de despertarme, no acarrearía alguna enseñanza útil para que yo pudiera evitar un nuevo (y, esta vez, real) insomnio.



Mónica Oltra

Dos atardeceres

Itzayana San Germán Ceceña

"¡Ay! qué bonito es volar
a las dos de la mañana,
a las dos de la mañana
¡Ay! que bonito es volar, ¡ay mamá!"

Se empezaban a infiltrar estas notas por los callejones del centro de Veracruz, iban resbalándose por los balcones agrietados, enredándose en las gárgolas de luz para acomodarse entre la multitud que se hipnotizaba con aquella danza. Las muchachas en sus amplias faldas blancas con abanico en mano y balanceando aquellas velas sobre sus peinados, bajaban las constelaciones del cielo a la oscuridad del escenario, sus zapatos emanaban las más siniestras vibraciones que se expandían por todo lo bello del puerto. Ellas, sumergidas en ese son, estaban guiando a todos los espíritus de ese día, de aquel 1º de noviembre entre esas fiestas que, a pesar de alejarse de sus orígenes año con año, al menos tenían aquellas notas aferradas a las lágrimas del arpa.

Susana estaba absorta entre aquella melodía, observaba con cuidado cada detalle y dejaba a su mente mecerse con aquel son, hasta que unas manos se posaron en su espalda e interrumpieron aquella sintonía.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no estás disfrazada? —dijo Diana, la más alta de todas.

—No tenía ganas, es todo.

—Pero quedamos en algo.

—A ver, Diana, muchas veces quedamos en algo y al final nunca cumples. Una de cal por dos de arena.

Entre todas se quedaron mirando la por demás incómoda interacción que se había establecido entre ellas dos.

—Ay, que sentida.

—¿Y?

—Ya ven, vamos a divertirnos, la fiesta de Erick está a cuatro cuadras de aquí.

—No voy a ir —contestó Susana con mucho desdén.

—No vestida así, definitivamente —le reclamó Diana.

—No voy a ir, no traigo nada.

—Yo me encargo.

—Nosotras nos adelantamos, las vemos allá —interrumpió una de las otras chicas y las demás la siguieron al alejarse.

—Catrina —dijo Susana.

—¿Qué?

—Si vas a insistir sólo maquíllame de catrina.

—Está bien, metete acá, los baños están al fondo.



Ivonne González

Se pasaron entre las mesas de aquel viejo café, y el vestido de Diana se iba atorando en cada silla; ese tul negro desgarrado iba adquiriendo veracidad con cada paso. Llegando al baño puso su sombrero de bruja sobre el tocador y se dispuso a maquillar a Susana y pasados unos cuantos minutos ambas salieron hacia dicha fiesta. Entre los caminos y callejuelas estrechas de la parte más vieja de la ciudad que con vagas luces esparcidas por las esquinas iluminaban sutilmente las construcciones originales del puerto; esas protegidas del progreso por ser centro histórico, pero desprotegidas de cualquier tipo de mantenimiento, porque, como toda la vida, nunca había presupuesto ni interés en conservarlas. Así, víctimas del salitre, el sol arrasador y el olvido, lo único que les quedaba esa noche era rebotar el eco de sus pisadas que sobresalían ya de la lejana música de los festejos jarochos para pasar al festejo más actual, al festejo que esperaban los jóvenes para pasar de los altares a las fiestas de disfraces. Diana se le adelantó a Susana y se detuvo junto a un amplio bote de metal oxidado, tomó la escoba que se encontró recargada a un lado; era de esas hechas a base de ramas y hojas secas atadas en el extremo de un palo y siguió caminando, pero Susana se detuvo.

—¿Qué? —reclamó Diana volteándose—. Complementa el disfraz.

—Con tu cara es suficiente para entender el disfraz.

—Carajo, Sussy, ya relájate, pásatela bien una noche.

—Yo me la estaba pasando muy bien hasta que llegaron —dijo retomando el paso.

—Ese baile lo ves cada año, no te pierdes de nada.

—Ya vamos.

Se encontraron frente a la puerta de una casona antigua, de las muy pocas que aún se conservaban como vivienda. Al pasar la puerta Susana, un escalofrío recorrió toda su espina y enseguida frunció el ceño al ver que en esa casa no cabía un alma más, pero esa expresión es nula cuando se toma en cuenta lo alto de las paredes de ese lugar donde sin problema alcanzaba para otra fiesta justo por encima de ellos.

Diana daba vueltas por el lugar en busca de Erick, y Susana iba siguiéndola sin más remedio. Para cuando lo encontraron, Erick tomó a Diana entre sus brazos y la besó sin ninguna clase de pudor, a lo que Susana no hizo más que voltear los ojos hasta que terminaron. Diana la miró y le entregó su bolsa para perderse entre la multitud de la mano de su novio.

Susana empezó a caminar por el lugar, daba paso tras paso y la casa parecía no acabar, las paredes altísimas le sorprendieron y se entretuvo viéndolas por media hora, parecían interesarle más que todos esos disfraces que no tenían nada de nuevo. Tomó el bolso de Diana y empezó a revisarlo hasta que encontró una bolsita con lo que parecía ser mandarina y alguna otra cosa que no conocía, pero lo que fuera era mejor que las frituras de la fiesta, así que empezó a comerlo. Al cabo de un rato todo empezó a difuminarse, pero seguía comiendo, no se había percatado de cuánta hambre tenía. Se acabó casi media bolsita, volteó hacia arriba y le sorprendió ver las paredes alejarse todavía más; la habitación empezaba a perder su forma y los colores de las luces se mezclaban. Poco a poco todo se volvió real, increíblemente nítido y se dio cuenta de que, aunque esto ya no era un juego, todos jugaban para ella. Se paseaba entre todos mientras le abrían paso, les sonreía y bailaba, bastaba con que alguna de todas esas criaturas llamara su atención para fundirlos con sus labios y dejar su huella por todo el lugar, no había ya ni un alma que no trajera media cara negra y blanca como evidencia de su devoción. Diana y Erick aparecieron de entre el gentío para encontrarse con Susana, cuando Diana la vio así recordó su bolso y Susana se limitó a agitar la bolsa de plástico en el aire.

—Es lo último que queda —gritó Susana.

—Lo sabía —le dijo Diana a Erick.

—¿Es tuya? ¿Qué es?

— Te puedo asegurar que es algo más fuerte que unos cuantos gajos de mandarina.

—Eso lo explica —contestó Erick, con una sonrisa muy sugerente en el rostro.

La voz de Erick se perdió a la distancia, mientras ambas se llamaban con la mirada, pues no había necesidad de verbalizar, ni sabrían cómo hacerlo, pero sus pupilas se cruzaron y siguieron las órdenes de su instinto más profundo. Caminando hacia la otra, sus ojos desbordaban magnetismo y sus piernas temblaban ansiosas de aquel encuentro, se mezclaron en un beso tan profundo como estremecedor; todos alrededor miraban atónitos, era la mezcla más extraña entre pasión y terror que habían presenciado jamás. Mientras tanto, sus manos apretaban y recorrían sus cuerpos, buscando despertar cada centímetro de piel para sus deseos más ocultos. Erick salió de su sorpresa para llevarlas al cuarto en el que se había perdido antes con Diana. Al entrar y cerrar la puerta tras de él, tomó la bolsita, comió un poco y empezó a darle más a Susana, con cada bocado se sentía despertar a otra ella que le gustaba más que la original.

—Ya basta, es mucho —dijo Diana.

—Déjala, se está divirtiendo. ¿Qué no es eso lo que siempre le pides?

—Supongo que sí, pero…



Ivonne González

Susana abrió sus labios en espera de más, Erick puso el bocado en su boca mientras ella se separaba sin ninguna prisa, mirándolo directo a los ojos recorrió las yemas de sus dedos y la tensión en los pantalones de él sólo aumentaba, aunque sabía que no era más que un espectador de aquel show ante sus ojos. Susana se volteó hacia Diana y mientras caminaba por ella con pasos largos y decididos, desabotonó su blusa de un tirón y la arrojó al suelo, llegó a su encuentro para acorralarla y en un breve parpadeo su mirada

vislumbró aquella vieja escoba; le sonrió. Ellas estaban inmersas en su mundo, en especial Susana, quien estaba en su propia versión del paraíso, aquellas manos pálidas se posaban en su cintura y penetraban por sus poros esparciendo ese helado hechizo por todo su ser. Era una danza nueva para ellas, pero no había que buscarle coreografía; eran un son conjugado para las dos. Diana pasó sus labios entre las clavículas de su amiga transformada en amante, siguió por entre sus pechos hasta el ombligo, pero a unos centímetros del botón del pantalón, Susana se quitó con una sonrisa y una mirada calculadora.

Siguieron entre besos y bocados, uno tras otro, siguiendo sus mentes engañosas entre aquel mar de deseo. Erick buscaba entrada, pero la química era entre ellas, y como él seguía insistente, Susana lo veía cada vez con más desprecio.

—Que no entiendes, quítate, no vas acá.

—Pero acá estamos, relájate.

De nuevo regresó esa sonrisa y se volteó hacia él, empezó el coqueteo y lo sedujo hacia ella, ahora Diana era la espectadora, pasó las manos por su pantalón rozando su entrepierna y sintiendo como la fricción prendía cual cerillo, se arrodilló desabrochando el cinturón y él la tomó por la nuca y jaló su cabello hacia atrás. En un solo gesto, cambiaron sus ojos y frente a ella no estaba Erick, no había más que una silueta extraña que la atormentaba. Se paró y retrocedió, la silueta empezó a seguirla, los latidos de Susana se volvieron inmensurables y ella seguía retrocediendo, temblaba, no podía articular nada, su boca estaba seca y sus manos empapadas de un sudor congelante, miró el cinturón decidida y se lo quitó justo cuando él extendió su mano para tomarla. Susana actuó en un segundo y lo enredó por el cuello de Erick, lo apretaba cada vez con más fuerza y decisión de no soltar. Aquella criatura se meneaba, pero no se defendía, su rostro rojo la hizo reír y enamorarse del sutil cambio de colores; de esa difuminación perfecta hacia el morado, era el atardecer más hermoso que había presenciado, seguido de esa paz en el silencio total de su perpetrador.

Diana no entendía a sus ojos y los interrogaba sobre lo que veía. Perdida, dejó a Susana acercarse, quien se agachó a su encuentro. Sentadas en el piso muy cerca de la puerta, frente a frente, Susana pasó su mano por la mejilla de Diana apartando su cabello tras la oreja, la veía tan tierna que le dio un poco de lástima que no hubiera abierto la puerta unos segundos atrás. No podía soportarla más, pero era hermosa, de eso no tenía duda, por lo que se dispuso a continuar con ella lo que tuviera que durar. Diana quiso quitarse la ropa, pero no la dejó,

continúo empujándola hasta sus límites, intentando romperlos mientras veía ese bonito vestido negro. Se puso sobre ella con las rodillas al lado de sus caderas, sus labios bajando por su cuello y una mano rozaba sus muslos, las manos de Diana respondieron casi en automático sobre las caderas de su compañera.

—Sussy—dijo enterrando sus uñas y bajándolas por sus piernas.

—No digas nada, no está pasando nada.

—Sussy…

—Shhh —dijo mientras ponía un dedo en su boca.

Diana abrió sus labios y empezó a arrastrar la lengua contra el paladar, cuando una mano envolvió su cuello con firmeza, abrió los ojos excitada, mirándola directo a los ojos.

—Te dije que te callaras.

Un quejido salió directo de su garganta y Sussy apretó con más fuerza.

—Que, te, calles. —Deslizando de paso en paso su mano hasta el borde de su barbilla.

—Sussy…

Sus ojos se volvieron fuego y le sonrió. Se aproximó a besarla, sin reconocerla ya. Con una sola mano aún sobre su barbilla, Diana luchaba por librarse de sus labios, casi segura de que Susana tuviera la intención de chupar más que sólo eso, entendió de alguna manera que le estaba pidiendo todo, hasta el alma, hasta que Susana la tomó por los hombros y la sujetó contra el piso.

—Ya no hables. Ya no pienses.

Su mano se extendió por la escoba al lado de la puerta y la sujetó justo en la línea de los hombros de aquella que yacía en el piso debajo de ella, de Diana, su amiga que hace apenas unas horas había dibujado sobre su rostro una calavera en blanco y negro. Se rió con tal estruendo que al escucharla responder con risa continuaron las dos en esta comunicación siniestra mientras las manos de Sussy empujaban la escoba hacia arriba y al llegar al centro de su cuello, al rozar el palo contra su tráquea, se reía en solitario. Empujaba lento, pero con fuerza, las arcadas iban bajando su intensidad hasta ese crujido, donde soltó un tanto la fuerza con la que sujetaba la escoba para oírla toser antes de someterla al anochecer.

Silencio. Felicidad. Paz. Soberbia.

¿Cuántas personas pueden decir que vivieron dos puestas de

sol en el mismo día? La respuesta la entumeció y tras tanto color, todo se oscureció.

El sonido constante de un beep parecía acercarse y mientras abría los ojos, el color blanco la inundaba. Se acercó un señor alto vestido para combinar con aquellas paredes, parecía balbucear algo, pero lo único que Susana entendió fue una línea.

—¿Sabes cómo llegaste aquí?

—La bruja me trajo —respondió.

El doctor volteó los ojos y anotó en el expediente "posible uso de sustancias alucinógenas".

—Aunque es 3 de noviembre, uno no puede estar seguro de lo que escucha pasar en estos días —dijo casi para sí mismo.

En el amanecer del 2 de noviembre un señor caminando por los callejones del puerto, que despertaba con un sol fulminante como de costumbre, se paseaba con el dolor de cabeza apropiado al exceso de cervezas de la noche anterior. Iba en busca de sus herramientas de trabajo, mal puestas de un día laboral no terminado.

—¡Carajo! ¿Y la puta escoba? Ah, ahí tá´ —dijo mientras se agachaba a recogerla.

La puso sobre el bote metálico, sin darse cuenta de las dos almas que yacían en este, y se dispuso a arrastrarlo a su lugar.

—A su mecha, pesa más que todas las penas que ahogué anoche. Ahí que se quede. Que lo mueva el Paco.



Ivonne González

¿Qué haces aquí?

Nancy Verver

No huyas. Dame la cara. Te siento cerca. Déjame contemplar tu rostro espectral; déjame mirarte directamente a esos ojos grandes, profundos, pero vacíos. No te tengo miedo y vengo a recriminarte: ¿Qué haces aquí? ¿No has tenido suficiente? ¿No te sientes satisfecha con todos los que te has llevado recientemente?

Eres una traidora. El acuerdo es que te lleves únicamente a quien ya cumplió su destino, a quien ya vivió lo suficiente o, quizá, a quien actuó mal, a quien lastimó y abusó de otros. Pero no es así; te estás llevando a los mejores, a los que no están listos, a los que necesitamos y, lo más cruel de todo, a quienes no se quieren ir. ¡Maldita traidora!

Te percibo cerca. ¿Acaso vienes por mí? Adelante, aquí están mis manos. Aquí está mi ser. Ya nada importa.

Te presentas, alta, fría y siniestra. Te encaminas directamente hacia mí. Tu figura esquelética y macabra se destaca en la penumbra. Siento tu aliento gélido y me provocas frío en el alma; te acercas, giras tu rostro, pero no me miras. Levantas tu largo brazo huesudo, pasas muy cerca de mí y tocas a mi hermana del alma. Me rompes el corazón.

¡Me vuelves a traicionar!



Isabela Encinas

Historia de un Pub

Manuel Jorge Carreón Perea

¿Me dan un cigarro? ¿Encendedor? Dale, neta muchas gracias. ¿Van para la Ciudad? ¿Sí? Necesito un *raid*, vivo en la Escandón, aunque me queda si me dejas en un lugar donde no asalten. ¿Qué hago aquí? Pues nada, intento llegar a mi casa, obvio. Que puto oso, seguramente parezco de provincia, ¿no? No traigo dinero siquiera para un camioncito o así. ¿Qué si pedí? Sí, pero en dos horas conseguí apenas 25 miserables pesos. No traigo mi celular y nadie me presta el suyo para hacer una llamada, como si les costara. Ni siquiera las pinches cajeras del OXXO que sólo se burlan de mí cuando me ven. Tal vez es mi culpa por haberlas barrido cuando entré. No sé, han sido momentos confusos. ¿Quieren saber cómo llegué aquí? Les cuento si me llevan, ¿va? Neta está bien *random* la historia. Órale, pero hasta el metro Observatorio. Dame otro cigarro, ¿sí? Por cierto, soy Alfonsina Lynn, pero díganme sólo Lynn.

Mi amiga Paula se casa en un mes en Cancún, con su güey de la universidad. Los dos se han sido infieles un chingo de veces, incluso yo me di unos besos con él en una fiesta y nos mandamos unas nudes hace unos meses. La neta es que hacen una pareja perfecta, aunque a la larga se harán infelices, pero al menos no afectarán a más personas. La *Bride Squad* le organizamos su despedida, que primero iba a ser en Campeche, pero el novio de una de ellas se puso bien pinche celoso y terminamos en Tepoztlán, este fin de semana. Para mí fue lo mejor ya que en ese momento no tenía dinero para viajar hasta allá, porque las tarjetas al *full* y mi negocio no va tan bien, ¿saben?

Bueno, el punto es que llegamos desde el viernes a casa de los tíos de Paula y ese día estuvo bien, fue *lit* de *chill and relax*. Platicamos, vimos pelis, bebimos y así, nada del otro mundo. Estábamos fritas por el viaje en carretera que duró tipo cinco horas porque unos güeyes bloquearon la caseta por alguna mamada. Creo que tenía algo que ver con el agua o así, la neta no supe. Al día siguiente salimos a cenar y luego a un pub. En el restaurante nos sentaron en una mesa bien culera, como escondida ¿saben? Me sentí así tipo en el *Sonora Grill*. En el pub nos fue mejor, ya que éramos cinco niñas y siempre, literal siempre, a un grupo de niñas las dejan entrar a cualquier antro, cosa diferente hubiera sido si fuéramos puros *fifas*. A ellos a veces los dejan toda la noche esperando. Pobres cabrones, pero no creo que eso sea discriminación,

aunque varios profes en la universidad decían que sí. A mí me da igual.

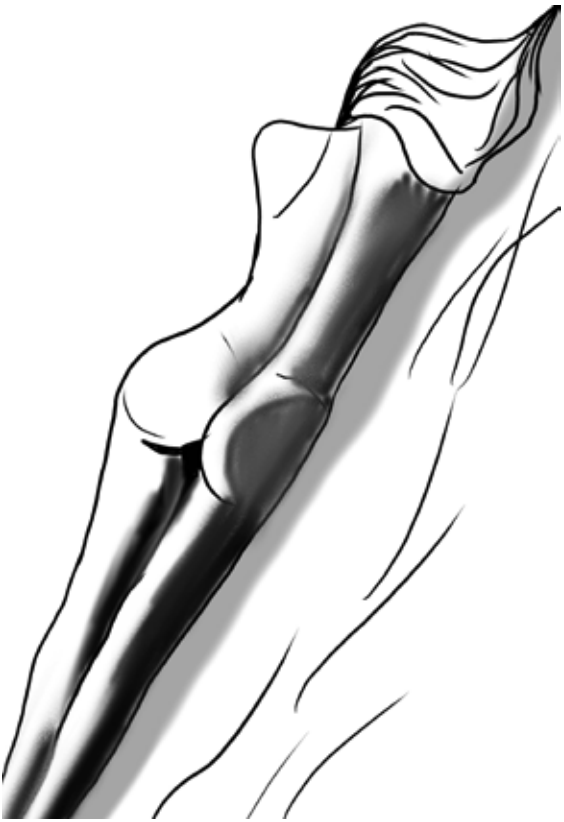
El pub tenía un escenario muy coqueto y amplio, diferente a los que había visto en podrideros similares. Nos sentamos cerca de él y pedimos una botella de vodka y otras dos de tequila. Comenzamos a beber *shots* y al cabo de una media hora ya estábamos medio mareadas y no nos dimos cuenta cuando la banda llegó. Cuando instalaban sus instrumentos, uno de ellos comenzó a hacernos plática. Aunque mis amigas le daban el avión, a mí me llamó la atención; me laten los güeyes altos y medio nacos, con apariencia de vagos –mi mamá y tías les dicen *bohemios*– y, principalmente, músicos. Era el bajista y se presentó conmigo como Brandon Xavier. Me sentí atraída por su voz y por el hecho de que trajera una playera de los *Sex Pistols*, uno de mis grupos favoritos – no sé cuántas veces he cogido escuchándolos. Al comenzar a tocar no dejó de lanzarme miradas y, siento, que algunos movimientos que hacía con el bajo estaban dirigidos hacia mí. Cuando anunciaron que tocarían *Karma Police* de Radiohead porque Brandon Xavier quería dedicármela, decidí acostarme con él esa noche.

A la hora la banda tomó una pausa, él bajó del escenario con un par de cervezas en la mano que un mesero le había acercado cuando tocaban la última canción de su primera aparición. Me dio una y brindamos juntos, le di un par de sorbos a la chela y sin mediar más palabras acercó su mano derecha a mis caderas, me atrajo hacia él y me plantó un beso todo atascado. Mis amigas, más para joder que por sorpresa genuina, lanzaron un *"uuuuhhhh"* unísono y prolongado para después carcajearse. La neta me daba igual –sabía que ellas, si encontraban a alguien a su gusto, harían lo mismo– así que me seguí besuqueando con ese güey hasta que mi amiga Maricela –otra de las damas *by the way*–, nos interrumpió para pedirme mi teléfono porque al suyo se le había muerto la batería y estaba escribiéndose con su novio, Franc, y se molestaría si no le contestaba rápido el último mensaje. Por cierto, por ese pendejo no fuimos a Campeche. Se lo di con tal de que me dejara de molestar y para poder seguir en lo mío. Estuvimos así hasta que tuvo que volver a tocar.

Tocaron 12 o 14 canciones más, como una hora y cuarto en total, no me acuerdo bien. Justo al término de la última rola Maricela regresó disculpándose porque casi se había terminado la batería de mi celular. Mis amigas pidieron la cuenta –ya estábamos muy borrachas en ese punto y al día siguiente el plan era subir el Tepozteco– lo cual no le pasó inadvertido al tal Brandon Xavier. Se acercó a pedirme que lo esperara, que no me

fuera, que sólo guardaba sus cosas en la camioneta y listo. Le dije que sí. Complicado fue explicarles a mis amigas que me quedaría con ese güey. Me reclamaron que cómo se me ocurría quedarme, que no lo conocía, que era peligroso salir con desconocidos, que la inseguridad, que no era el plan inicial, *blah, blah, blah*. Intenté convencerlas diciéndoles que era mi vida y que yo decidía qué hacer, que mañana estaría a primera hora en la casa, que era algo de una noche, que les mandaría la ubicación, que se veía inofensivo… No puedo decir que les pareció bien, pero al final me dejaron ahí a regañadientes, aunque una insistió en ser mi chaperona.

Total, el güey regresó y nos pusimos a platicar de tonterías, pendejadas, de esos temas que siempre sacas en una primera cita: libros, series favoritas, géneros de películas, número de hermanos,



Ivonne González

lugares visitados… Así supe que tenía 35 años –lo cual me sorprendió, ya que pensé que ya estaba medio ruco como para andar tocando en *antritos*–, que entre semana trabajaba como profesor de matemáticas en una preparatoria y que su sueño era poner un bar. Después de un par de cervezas más fue directo al grano y me propuso ir a un hotel, así sin darle rodeos con eufemismos chafas como "ir a un lugar más privado". Tenía seis meses sin que me cogieran –desde la ruptura con mi ex– y me pareció una buena oportunidad de acabar con la sequía. Dicen que la gente fabrica sus propios dramas y su suerte. El destino, pues. Le dije que sí y pagamos la cuenta 50/50.

Subimos a su auto, un Chevy del 99 que, lo crean o no, aún funcionaba. Me pareció lindo que me abriera la puerta y preguntara qué quería escuchar. Le dije que cualquier cosa por mí estaba bien, así que puso una lista de *Spotify* del festival *Family Values 98* y comenzó a sonar *Blue Monday* de Orgy. Comentó que iríamos a un lugar que conocía, que no estaba mal y además era barato. Si él hubiera sido alguien que me importara, su comentario estaba fuera de lugar, pero la neta es que era un *one night stand,* así que me dio igual.

Total, me llevó a un motel *culero*, de esos que colocan en la entrada una manta exhibiendo sus precios y en los que no aceptan tarjetas de crédito. Me pidió prestado dinero en efectivo ya que no traía en ese momento. Le di los 250 pesos que costaban las seis horas y salió volando del auto con dirección a la recepción. Regresó con una sonrisa idiota pero llena de satisfacción.

Al entrar al cuarto me jaló hacia él como lo hizo en el pub, pero esta vez deslizando su mano hacia dentro de mi pantalón. Estaba haciendo todo tan rápido y sin consideración alguna. Más que excitada me sentí algo incómoda, así que pensé que una forma de apresurar el encuentro sería darle una mamada y hacer que se viniera lo más rápido posible. Me bajé el pantalón sin quitármelo del todo para que me viera el culo y así excitarlo más –llevaba un conjunto de *Victoria´s Secret* color verde fosforescente que me había regalado un ex y que nunca ocupé con él, aunque sí le mandé varias fotos para prenderlo y calentarlo. Tomé una almohada que puse en el piso y me hinqué al tiempo que desabrochaba sus jeans, lanzándole miradas juguetonas, traviesas, mordiendo mis labios. Cuando escuché "qué buenas nalgas tienes" fue la señal para introducir su miembro en mi boca e iniciar. Lo hacía de forma maquinal y sin ningún tipo de interés más que el de que se corriera lo antes posible y pudiera llevarme con mis amigas.

Hincada, mientras se la chupaba a un güey que seguramente

nunca volvería a ver en mi vida y que emitía gemidos molestos, recordé que durante la universidad salí por dos años con un chico que nunca quiso acostarse conmigo por su temor irracional a dejarme embarazada, pero que me pedía sexo oral cada vez que teníamos la oportunidad de estar solos, es decir, casi todos los días porque en ese entonces yo alquilaba un apartamento cercano a la escuela con un par de chicos de mi salón. Casi siempre terminaba en mi boca y tenía el asqueroso hábito de querer besarme casi de inmediato, hasta que un día le dije que no lo haría más. Me ofreció dinero para volverlo a hacer, pero añadiendo una condición: "que te lo tragues todo" dijo. Obvio me hizo sentir como una puta. Lo comenté con mi psicóloga y me dio una explicación sobre el *inconsciente* o una pendejada por el estilo, que me sonó a justificación. Esa fue la última vez que tomé terapia, ya que me pareció estúpido pagar a alguien para que te escuche. Hoy pienso diferente. También a él lo mandé a la chingada al poco tiempo. No había otra salida.



Ivonne González

Con una voz que apenas percibí por el ruido de una ambulancia en la calle, pidió que me levantara, lo que hice y agradecí porque la posición me había cansado. Me quitó el top y el sostén en un acto rápido, supongo que producto de la práctica. Comenzó a apretar mis nalgas y ordenó que me quitara el pantalón, pero que me dejara la tanga, que eso lo excitaba. Me besó de manera torpe y acelerada, babeándome toda la cara, al tiempo que me conducía a la cama. Me recostó con cierta suavidad y después se puso de pie, fue hacia su chamarra y sacó de una bolsa un preservativo que se puso con rapidez. Se colocó encima de mí y sin más preámbulo que un par

de lengüetazos en mi mejilla derecha, hizo a un lado mi tanga y me penetró. Hice un sonido de dolor que él interpretó como de placer al dibujarse en su rostro una mueca de orgullo y satisfacción.

Me embestía torpemente, saliendo y entrando en mí sin pausa, tarareando una canción de *Metallica (Whiskey in the Jar).* El güey seguía clavado en su papel de rockstar. Mientras me cogía pensé en un chico de la universidad con el que nunca salí porque me parecía muy bajito de estatura. No es que yo sea alta, pero él era muy, pero muy chaparro. Siempre fue lindo y todo, pero no era mi tipo; tenía el derecho de intentar cortejarme y yo el de rechazarlo. Me pregunté cómo habría sido nuestro noviazgo. De momento dejó de cantar y comenzó a susurrarme al oído frases como *"¿Te gusta, te gusta?", "Di que eres mía, sólo mía", "Estás riquísima"*, todas esas frases pendejas de machismos cotidianos que aprenden los fans del Temach. Algunas gotas de sudor de su rostro cayeron sobre mí, haciéndome sentir sucia, incómoda.

Se estaba cansando y yo quería que terminara, por lo que le pregunté si no se quería correr ya. Me contestó que no, que me volteara porque quería intentarlo *"por atrás"* porque nunca lo había hecho así y porque yo "tenía un culo divino". Le dije que no, que ni en sueños, a lo que lanzó un resoplido de molestia y continuó con su faena, pero con mayor rapidez y violencia. Se detuvo de golpe, se quitó el preservativo y eyaculó encima de mí, cayendo su semen sobre mi estómago y senos. Fue tan rápido que no me dio tiempo de respuesta, pero le grité reclamándole que esas cosas debían acordarse. Encabronada, fui al baño a limpiarme con una de las dos toallas que tenía el *motelucho*. Decidida a decirle que me llevara con mis amigas, regresé al cuarto, pero lo vi tirado en la cama, roncando. Lo desperté y le exigí que me llevara con ellas, pero me dijo que no, que estaba cansado y que necesitaba dormir. Busqué en mi bolsa mi celular para pedir un *Uber,* pero no tenía pila. Podía buscar un taxi en la calle, pero no creía que fuera bueno estar esperando afuera de un motel, en una zona culera y de noche, por lo que me acosté a esperar que la noche terminara y amaneciera. Hice cálculos mentales desde la última vez que vi un reloj antes de bajarme de su Chevy. En ese momento eran las dos de la mañana, así que, entre nuestra llegada, la renta del cuarto y la cogida habría pasado una hora máximo. En tres horas amanecería.

No tenía sueño, así que opté por un medio más eficaz para pasar el tiempo: recordar. Me vino a la mente mi relación con Rubén, mi ex con el que anduve cuatro años. La última vez que nos vimos fue

para comer en un restaurante japonés que era propiedad de un amigo suyo, Charles, quien nos atendió muy bien, pero era pedante y medio lujurioso. Comimos y bebimos más de lo que nuestros ingresos nos lo podían permitir, pero al final la cuenta fue gratis. Rubén aprovechó la oportunidad para pedirme que viviéramos juntos. No lo esperaba y en vez de darle una respuesta, me quedé callada, dándole *scroll* a mi celular y revisando mensajes de unos amigos del gimnasio que, la neta, me querían ligar. Lo que pasó después fue por el alcohol: me arrebató el celular y lo aventó contra el piso. Me llamó *puta* de tantas maneras diferentes que ese día descubrí que esa palabra es, posiblemente, una de las que más sinónimos tiene en español. A pesar de todo me llevó a mi casa ese día. Me dormí pensando en más citas desastrosas, rompimientos y exparejas a partir de las cuales podría escribir un bestiario.

Desperté antes que Brandon Xavier y lo primero que hice fue lavarme la cara. Sentía su saliva seca en todo mi rostro, lo que me produjo asco. Una vez leí un libro de un tocayo de este pendejo, Xavier Velasco, en el que detalla que existen tres tipos de cruda: la física, la económica y la moral. En ese momento, más que cruda tenía vergüenza de mis decisiones. Es cierto, no era la primera vez que hacía algo así –buena parte de mis sábados universitarios iniciaban en la cama con un sujeto que realmente no me gustaba–, pero pensé que en ese momento se justificaba por la edad. El derecho a equivocarse es sólo de la juventud, decía mi abuela.

Antes de que pudiera tomar una decisión, lo vi sentado al borde de la cama; tenía una mirada perdida. De manera directa me preguntó si quería hacerlo de nuevo. No quise irme por las ramas y le dije que no, que ya debía estar con mis amigas porque si no me dejarían. Pensé que insistiría, pero no. Me miró a los ojos por unos segundos para después decirme que estaba bien; que, a pesar de tener ganas de mí, entendía todo y acto seguido comenzó a vestirse. No niego que me descolocó su actitud, pero lo dejé pasar. Preguntó si quería ir a desayunar y le contesté que no, que muchas gracias, sobre todo porque seguramente yo terminaría pagando.

Me subí al coche mientras él dejaba las llaves del cuarto en la recepción. Como mi celular estaba sin batería busqué un cargador, pero no tenía para mi iPhone. Me cruzó por la mente la idea de que él no sabía eso y que, de haberlo conocido, pudo forzar el sexo matutino a modo de chantaje.

A la salida del motel había dos chicos colocados en cada uno de los lados de la acera con las cámaras de sus celulares apuntando

hacia los vehículos que salían del sitio. Reían de manera morbosa y eso me produjo incomodidad. Xavier me preguntó si me molestaba que hubieran tomado esas fotos o videos. Mentí al decirle que no, que me daba igual. Contestó que muy probablemente las subirían a redes sociales, esperando alguna otra respuesta, pero guardé silencio.

Estaba harta de estar a su lado, además tenía mucha sed, por lo que le pedí que se parara en la primera gasolinera que encontrara, lo cual hizo sin ninguna objeción. Me pareció que a pesar de todo se comportaba de manera meridianamente amable. Bajé del carro dejando mis cosas.

¿Qué pasó entonces? Cuando salí del baño, ¡el güey ya se había ido! Se llevó mi celular, mi bolsa, todo. No tengo la dirección de la casa de mi amiga ni idea en dónde estén, así que mi último recurso fue este.

Les pregunto, ¿ustedes qué habrían hecho?



Ivonne González

El cuento incómodo

Consuelo de Lourdes Castro Salinas

Todos los días, su mamá recoge a su hijo Luis de la escuela. Generalmente de regreso a casa, como muchas mamás, intenta sacarles a tirabuzones información sobre cómo le fue en clases, con sus compañeros, con sus maestros. En esta ocasión no fue necesario y su hijo le comentó:

—Esta semana no va a venir mi maestra Beatriz y nos dio clase una maestra que se llama Mónica. Nos contó un cuento en que Caperucita le disparó al lobo porque se la quería comer. Se hizo un abrigo con la piel del lobo y así se paseaba por el bosque. Como se hizo famosa, otro día un cochinito le pidió ayuda porque un lobo quería tirarle su casa. Caperucita mató al lobo, pero también al cochinito y se hizo una bolsa con su piel. Y así se paseaba por el bosque con las cosas que se hizo con las pieles del lobo y del cochinito. Mamá, ¿Caperucita es buena o es mala?

Aunque le parecía recordar ese cuento posiblemente de algún autor inglés, la mamá de Luis no pudo evitar quedar atónita después de escucharlo de boca de su pequeño. Se quedó muda mientras le pasaban por la mente imágenes de Caperucita con la policía haciendo la prueba de parafina para identificar si habían quedado residuos en sus dedos por el disparo de un arma de fuego; también a la niña de este famoso cuento realizando la prueba de bolígrafo con la policía. Imaginó las redes sociales inundadas con mensajes de victimización y revictimización tanto en favor del lobo como de Caperucita; a las madres buscadoras de lobos y de caperucitas encontrando fosas clandestinas. «¿A qué hora se metió la nota roja en los cuentos infantiles?», se cuestionaba a sí misma la mamá de Luis. Pero había que responder la pregunta, y haciendo un esfuerzo, salió de su ensimismamiento para contestarle:

—Pregúntaselo a tu maestra Mónica, porque ella te contó el cuento, y luego me platicas mañana que te dice. Me interesa mucho su respuesta.



Isabela Encinas

Despedida al Amigo

Enrique A. Meitín

En el cementerio Woodlawn, considerado por muchos como uno de los más hermosos de toda la nación, y santuario casi oficial de las familias de renombre de la ciudad de Miami, localizado en su céntrica calle 8, más bien en su arrogante capilla, se exponía el féretro de torneadas maderas y agarraderas de bronce, donde descansaba el cuerpo sin vida de Pantaleón Allison, como él en vida acostumbraba a decir: *"un cubano-americano de origen jamaiquino nacido en Guantánamo..., "mita" y "mita", cubano por mi madre que aunque nació en Jamaica se crió en Cuba y 'gringo' por mi padre, trabajador de la Base. El negrito siempre fue desde niño bilingüe y ciudadano americano".*

Coronas, cestos y jarrones de flores ahora lo rodeaban.

Cerca del féretro había un podio al que ascendió un joven pastor bautista encargado de los servicios religiosos dedicados al difunto, deteniéndose al lado de un hombre blanco de la tercera edad, elegantemente vestido, quien, apoyado en un bastón con cabeza de nácar, no ocultaba para nada el dolor que sentía con la pérdida de uno de sus mejores amigos. *"Si no fue el mejor, fue el más completo"*, como había dicho alguna vez refiriéndose a Pantaleón.

Frente a este, en largos bancos forrados con un terciopelo verde en trabajo acolchonado para comodidad de los asistentes al sepelio, estaban solo unos pocos amigos del occiso. Resultaba significativo el hecho de que la gran mayoría de las personas que integraban ese reducido grupo de allegados, eran de la raza blanca a pesar del difunto ser un afronorteamericano, aunque más allá había mucha más gente, de todas las razas y edades, especialmente de la tercera edad, igual al fallecido.

En realidad, Máximo no sólo le había pedido despedir el duelo de su amigo del alma, sino que le exigió al pastor que lo tuviese en cuenta para ese último adiós, pues era un compromiso que hacía mucho había establecido con el ahora difunto.

—Sería como para nunca acabar de relatar cada una de las virtudes de Pantaleón Allison —comenzó Máximo con voz pausada y suave, su breve pero sentido discurso de despedida—. Permítanme decir "Panta", que es como lo llamé siempre, que entre todas sus virtudes y también por qué no, sus limitaciones, fue, sin lugar a dudas el mejor amigo que he tenido jamás... Y no lo digo por decirlo, pues

ese calificativo suelo darlo sólo a aquellas personas que permanecen siempre firme a nuestro lado, contra viento y marea. Lo mismo en la paz que frente a cualquier tipo de peligro por riesgoso que fuera. Alguien que al mismo tiempo te considerara tal como eres, con tus virtudes y defectos y además te respeta...

Hizo una pausa como para elegir las palabras adecuadas para continuar, mientras extraía su pañuelo del bolsillo con el propósito de detener una lágrima que amenazaba con deslizarse por su pómulo izquierdo, y continuó.

—Siempre he estado convencido, tanto ayer como hoy, que nada es más preciado en el mundo que la amistad, y el haber podido contar durante mi vida con la amistad de "Panta" fue para mí un privilegio, uno de los bienes más preciados que la vida me ha dado…
Se detuvo un instante en que aprovechó para pasarse el pañuelo por el rostro y con un tono mesurado prosiguió.

—…Porque durante nuestra existencia nos encontramos día tras día, frente a frente, con las más variadas personalidades, y que en ocasiones creemos que son amigos y nos equivocamos de medio a medio... La dificultad estriba en que no siempre sabemos escoger, ni se encuentran los verdaderos amigos, sino a simples aliados que ensalzan nuestras virtudes y soslayan nuestros defectos... Los buenos amigos, como Pantaleón, son para mí aquellos que no nos perdonan nada, que en ocasiones son despiadados, indicándonos todo lo que no está bien. Gracias a ello, nos obligan a pensar, a valorar nuestras acciones, y a buscar y encontrar las mejores soluciones a los problemas que se nos presentan día a día. Y así, sólo así, logramos ser más fuertes, más inteligentes, pacientes y precavidos. Pocos han sido como él, por eso me sobran dedos para contar a los verdaderos "amigos" ...

De nuevo se detuvo. Esta vez miró fijamente a un anciano en silla de ruedas, quien junto a él y a Pantaleón habían conformado un trío de amigos que habían pasado unidos casi toda su vida, buscando apoyo a sus palabras. Este le devolvió la mirada y movió su cabeza a modo de aceptación. Luego Máximo entrecerró los ojos brevemente y con el mismo tono pausado, pasado unos segundos, continuó con su despedida.

—Llegó a ser mi compañero, en el mejor sentido de esa palabra tan mal "manejada" en nuestra Cuba. En "Panta" encontré a una persona contemporánea, con quien pude compartir las necesidades afectivas y carencias que yo tenía por aquel entonces, tal como de una forma o de otra tenemos todos los humanos, por fuertes o débiles que

parezcamos. Con él compartí días buenos, días malos, y sobre todo mucho peligro.

Se detuvo unos segundos, recorrió con su mirada todo el auditorio sin detenerse en nadie en particular, y con mucho mayor ánimo expresó:

—Por todo eso y más puedo decirles que fue "mi amigo". Que fue de aquellos pocos que llevan bien alto tal calificativo..., porque en el fondo, te aman.

Esta vez la pausa fue más prolongada, no podía aguantar más los deseos de echarse a llorar cual niño. Tragó en seco y ya entre sollozos dirigió su vista hacia Patria, su hija, para concluir diciendo.

—Así era él, merecedor de mi pensamiento y de algunas palabras como estas, en su honor. Esto es lo mejor que puedo decir de él. Aunque podría estar hablando un siglo de mi "amigo". Descanse en paz mi queridísimo y nunca bien reconocido hermano Pantaleón Allison. Que Dios te acoja en su seno.



Isabela Encinas

Jalas

Josafat Ortíz

—¿Jalas o no jalas? —era una pregunta sencilla y directa que no dejaba espacio a dudas, preguntó Carlos.

—¡*Ahuevo* que jalo! —era una respuesta llena de gallardía y decisión, contestó Ortíz.

Estos dos cabrones no estaban planeando ningún atraco ni mucho menos, la maldad no les daba para tanto, el *bisne* era más sencillo. Un poco de historia: Carlos trabajaba en El Manicomio General de La Castañeda, al que llamaremos a partir de ahora el *manicure*, el cual tenía su entrada principal por la actual Preparatoria #8 en los rumbos de Plateros. Carlos era un enfermero con nula educación médica formal, básicamente un *amansalocos* con bata blanca. Era el México de los cincuentas, y Ortíz, conocido así por su cuate, un buscavidas muy movido que nunca se rajaba y hacía chambitas por aquí y por allá.

Aunque a los enfermeros los iban turnando por los distintos pabellones, a Carlos por lo general le asignaban el Pabellón de los Imbéciles en donde se hacía caber a todos los pacientes con algún retraso mental evidente y a los que se me *apendejaban pus también*. Eran tranquilos, locos como la chingada, pero tranquilos, ya si alguno de los pacientes-internos-reclusos-etcétera llegaba a ponerse agresivo lo trasladaban al Pabellón de los Pacientes Peligrosos donde se encontraba la *crème et la crème*. En tal lugar estaban los criminales remitidos por la policía, como el elegante, educado, incontrolador de esfínteres y multihomicida: *Goyo* Cárdenas.

Total, lo único que quería Carlos es que su cuate Ortíz lo acompañara a misa el domingo, Carlos gracias a su *valemadrísmo*, más su carisma, más su iniciativa, menos ningún tipo de permiso institucional, menos con los estudios clínicos correspondientes que avalaran su experimento, había instaurado empíricamente un aprendizaje conductista en sus pabellones, una disciplina de condicionamiento que se medía semanalmente y que hasta el Pavlov se hubiera quedado pendejo por su eficacia. Esta onda versaba más o menos así: cada sábado se hacía un corte de caja y los que habían hecho menos desmadre durante la semana, esto es, no haber perdido su bote para la comida, no haberse encuerado, no haberse agarrado a trompadas con sus compañeros, entre otras monerías, se ganaba el derecho de ir a

misa el *sundei* al Monte Carmelo, iglesia que prácticamente estaba al otro lado de la barda del *manicure*.

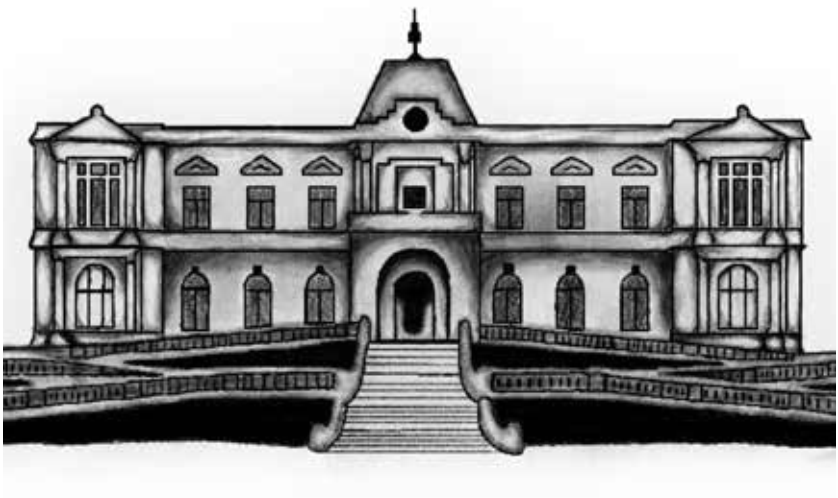
La necesidad para solicitar la ayuda de Ortíz surgió cuando muchos de los *imbéciles*, y uno que otro advenedizo de pabellones vecinos, habían acogido con agrado y pundonor la nueva disciplina implementada después de unos meses. Así que semana a semana aumentaba el número de los bien portados, y por consiguiente la cantidad de recompensados para ese domingo superaba ya las tres decenas de un experimento que había iniciado con sólo dos ganadores que la habían capeado desde el principio.

—¿Cómo chingados voy a llevar a más de treinta cabrones a misa? —dubitativo y tranquilo se preguntaba el sábado por la tarde Carlos.

Pensó que una cosa era llevar veintitantos nuevos feligreses a *dominguear,* eso se hacía sin problema, ¿pero treintaytantos?

—Pues *nel.* —consternado se contestó.

Domingo por la mañana, a la puerta del Pabellón de los Imbéciles, bien relamidos, con sus mejores ropas, algunos bañados y todos pegaditos a la pared estaban los treintaytantos pacientes-internos-expedicionarios-reclusos-colados-etcétera esperando a Carlos, listos



Isabela Encinas

para ir a oír misa. Obviamente había varios de más que no se habían ganado el derecho de asistencia durante la semana; eran cuatro los vivillos que engrosaban el pelotón.

—¡A ver cabrones! Y ustedes cuatro, ¿quién los invitó o qué? —les preguntó Carlos.

No contestaron nada, se mantuvieron estoicos en su lugar viendo a la lontananza. Carlos los miró de nuevo y sin poder aguantarse la risa, otorgó expedito cuatro nuevos lugares dentro del tour como recompensa a la iniciativa mostrada.

Ortíz ya los esperaba en la puerta principal, los guardias de la entrada no dijeron nada como cada domingo. Bastó salir a la calle para que se formara automáticamente la fila de la expedición que iría bajando hacia la nueva y aún poco poblada colonia Alfonso XIII, todos bien formados con Carlos y Ortíz cubriendo la retaguardia. Algunos platicaban, otros cantaban, otros corrían y regresaban a la risa loca, todos sonreían, eran los más felices, no era necesario huir.

Llegaron a la iglesia, y después del esperado escándalo inicial y la sorpresa mostrada por parte del sacerdote y de los asiduos parroquianos que observaban con asombro el crecimiento de la cofradía que manejaba Carlos, los pacientes-internos-feligreses-reclusos-colados-etcétera se iban acomodando y apretujándose en las últimas dos filas. A lo macho que disfrutaron de la misa como si fuera una película del pinche Tin Tan aunque con menos carcajadas, no perdían detalle, se paraban, hincaban, persignaban y rezaban como el mejor beato dominical, aunque era fácil apreciar que algunos de los nuevos no entendían ni madres de lo que estaban viendo y viviendo y era ahí cuando entraban a escena los ya experimentados-pacientes-internos-feligreses-reclusos- etcétera para explicar, corregir, dar su *cocolazo* y llamar la atención a los noveles. Carlos y Ortíz en silencio y de pie flanqueaban orgullosos su congregación.

Todo el séquito del *manicure* recibió la eucaristía a domicilio, en sus propias filas, en una maniobra ágil del padrecito en turno para evitar las aglomeraciones cerca de su altar. Este pobre siervo de Dios de descolorida y asoleada bata negra con un *pocomucho* de repulsión y una *muchapoca* desesperación tuvo que darle la hostia a todos esos olvidados hijos que Dios que babeaban, sonreían, agradecían y al final se ahogaban o se quejaban por el mísero entremés recibido. Elcuerpodecristoylachingada. Amén.

Sin mayores contratiempos realizaron el camino de vuelta

y regresaron a los patios del *manicure.* Se hizo el recuento, recuento completo, todos para adentro.

—Gracias mano por echarme la valona —agradecía Carlos a Ortíz—. Ya estás mano, creí que estaban más locos. —Contestó Ortíz mientras los dos reían en complicidad.

En ese instante salió en chinga loca del Pabellón de los Imbéciles uno de los que se habían colado de último momento a la expedición y que, para ser sincero él a sí mismo, no había tenido el valor para escaparse durante la visita a la iglesia. Ahora en territorio conocido, se había animado a realizar la *moviola*.

Carlos y Ortíz le gritaron que parara, y al ver que se dirigía hacia el huerto que estaba ubicado en la barda oeste, salieron tras él a sabiendas que esa parte del perímetro era la que proporcionaba mayores facilidades para una fuga. La *corretiza* en línea recta a dicho punto les tomaría unos siete u ocho minutos. Inició la persecución.

El escapista corría recio, estaba *corriozo* el cabrón, aún así nunca lo perdieron de vista. Llegaron unos segundos después que él a la meta trazada; el posible prófugo había terminado de treparse a la barda y ya estaba sentado sobre ella con una pierna a cada lado, más que listo para autorecetarse el alta. A Carlos y Ortíz se les habían unido algunos pacientes-internos-corredores-reclusos-curiosos-amansalocos-etcétera durante la campestre carrera dominical.

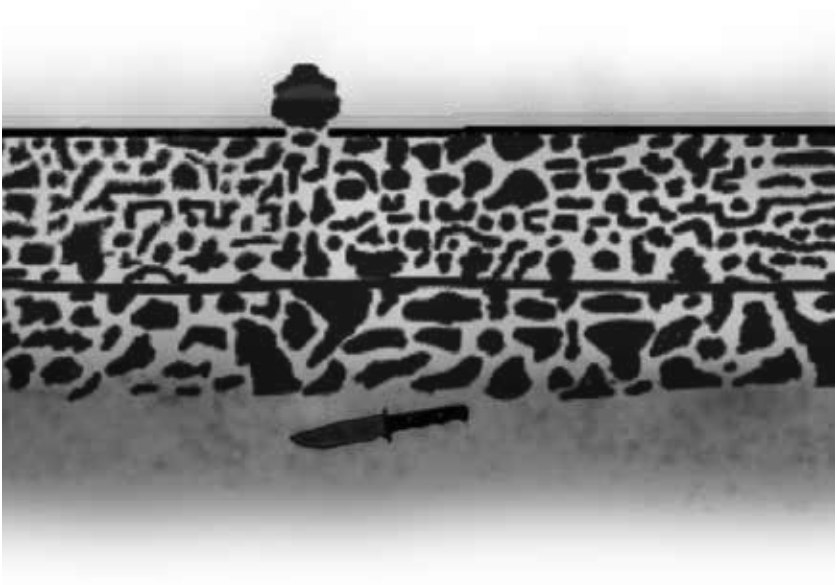
Pausa para contexto. La facilidad que daba esa barda para treparla y *destreparla*, venía acompañada con un voladero al otro lado del *manicure* en el cual era fácil desbarrancarse si no eran bien medidos los movimientos durante el descenso; un resbalón acabaría con la vida de cualquiera o mínimo le proporcionaría una buena dosis de *chingadazos* aderezados con una larga revolcada cerro abajo que se coronaría con una refrescante zambullida en el otrora cristalino río Mixcoac con consecuencias cuasi fatales. Se acabó el contexto. Regresamos al texto. La multitud continuaba tratando de desanimar al aspirante a prófugo, pero cada vez que se acercaban a la barda él amagaba con saltar, aunque ya no sabía si *pafuera* o *padentro* y saltar desde una barda de unos cinco metros aprox, era ya de respeto. Las negociaciones no avanzaban y parecía que no había manera de bajarlo de ahí. Mientras algunos pacientes-internos-lanzadores-reclusos-etcétera se entretenían tirándole piedras y terrones de arena seca aderezados con estiércol.

Carlos, un poco hasta los huevos de la situación, se acercó un poco más y sacando su navaja de la bolsa trasera ralló lentamente

y con fuerza sobre la barda una línea horizontal; se hizo el silencio, el aspirante a prófugo con la cabeza llena de estiércol, moqueando y con los ojos todos *entierrados* montado sobre la barda miraba la escena aterrorizado buscando agarrarse con fuerza de donde namas no hallaba. Carlos le sonrió con malicia y navaja en mano lo miró a los ojos y tajantemente le dijo:

—¡Bájese ya cabrón o le corto la barda!

El ahora sí ya retirado prófugo con cara de pavor no quiso tentarle a su suerte e inició el descenso. Todos aplaudieron.



Isabela Encinas

¡Revista *Por Escrito* te invita a su nuevo taller!



TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

Para más información escríbenos:

CONTACTO@PORESCRITO.COM

Revista *Por escrito* te invita a su curso de:

APRECIACIÓN LITERARIA



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Para más información escribe a:

CONTACTO@PORESCRITO.COM

Consejo Editorial

Editora General
Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva
Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje
Cecilia Durán Mena
Virginia Meade (†)
Andrea Fischer
Fernando Montoya

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas
Itzayana San Germán Ceceña
itza@porescrito.org

Diseño Editorial
Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Foto de portada
the witch,
Viktor Olvera

Radio
Cecilia Durán Mena
Juan Carlos Padilla Monroy

Producción del Programa de Radio
Isis Ayled González Martínez
Natalia Cobo Torres
Mariana Velázquez Uribe

Cuarto de Guerra
Alumnos de la Universidad Anáhuac
y Universidad del Claustro de Sor Juana

Digital
www.porescrito.org

Contacto
contacto@porescrito.org
55 7378 8336



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. ***Pretextos Literarios Por Escrito*** es una revista bimestral. Número cincuenta y dos. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-2022-111013495900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, Ciudad de México.

Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Octubre-Noviembre de 2024.

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

También estamos en:



55 7378 8336

porescritomx

@PorEscrito_

revistaporescrito

Revista Por Escrito

Por Escrito

Revista Por Escrito

Radio Anáhuac 16.70 AM
www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

"¡Que la tromba te devuelva a la negrura abisal!
¡Ni rastro de tu plumaje en recuerdo de tu ultraje
quiero en mi portal!
¡Deja en paz mi soledad!
¡Quita el pico de mi pecho y tu sombra del portal!"
Dijo el cuervo: "Nunca más"

El cuervo,
Edgar Allan Poe

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...
para NUNCA dejarlos ir